

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA FACULTAD DE
TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN GRADO EN
TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN
Trabajo de Fin de Grado

**TRADUCCIÓN Y
COMENTARIO DE “HELL
SUCKS” DE MICHAEL
HERR**

Alumno: Manuel Sastre Heres
Tutora: Amalia Méndez Garrido

Salamanca, 2018

Resumen: El presente trabajo es una traducción al español del capítulo *Hell Sucks* del libro *Dispatches* de Michael Herr y su correspondiente comentario. La obra de Herr es una descripción vívida de la guerra y sus consecuencias, y en el mundo actual, donde los conflictos y las actitudes belicistas están muy presentes, la obra de Herr es más actual que nunca. La traducción al español del libro data de los años ochenta y al haber cambiado en estos últimos cuarenta años las aproximaciones a la traducción es pertinente considerar una retraducción del libro de Herr. Mi trabajo contextualiza la figura del autor y su obra, así como la guerra del Vietnam y la corriente del Nuevo Periodismo en la que se incluye la misma. El comentario de la traducción se centra en los aspectos semánticos, morfosintácticos y estilísticos de la obra dando ejemplos específicos de problemas de traducción encontrados, centrándose de manera muy específica en la terminología militar y la traducción de argot y diálogos.

Palabras clave: Vietnam, traducción literaria, Nuevo Periodismo.

Resume: This work is the translation into Spanish of the chapter “Hell Sucks” of the book *Dispatches* from Michael Herr and the commentary on the same work. The book is a vivid description of the war and its consequences, and in the actual world, where armed conflicts and a society prone to justify war make it more actual than ever. The translation into Spanish of the book dates back to the eighties and, as the approach to translation has changed in the last forty years, seems appropriate to consider a retranslation of Michael Herr’s book. My work contextualizes the figure of the author and his work, as well as the Vietnam War and the New Journalism movement, to which the book belongs. The commentary on the translation focuses on the semantic, morphosyntactic and stylistic problems, and gives special attention to the military terminology and the translation of slang and dialogs.

Key Words: Vietnam, literary translation, New Journalism.

Índice

1. Introducción.....	2
2. Contexto de la obra.....	2
2.1. Michael Herr.....	2
2.2. La Guerra de Vietnam.....	3
2.3. <i>Dispatches</i>	4
2.4. El Nuevo Periodismo.....	6
3. Traducción literaria, entre el TO y el TL.....	9
4. Comentario.....	11
Introducción. Estructura y nomenclatura utilizada.....	11
4.1. Aspecto semántico.....	12
a) Lenguaje militar.....	12
<i>Armas, vehículos y equipamiento</i>	12
<i>Siglas, abreviaciones y acortamientos</i>	15
<i>Unidades militares</i>	16
<i>Expresiones y argot</i>	17
b) Sustantivos, adjetivos y adverbios: connotación y denotación.....	18
4.2. Aspecto morfosintáctico.....	22
4.3. Aspecto pragmático (estilo).....	24
a) Recreando el estilo de Michael Herr.....	24
b) Diálogos y argot.....	27
c) Referencias culturales.....	30
Bibliografía.....	34
Anexos.....	36
A I: Texto original.....	37
A II: Traducción.....	50

1. Introducción.

Según el último informe del PRIO (Instituto Internacional de Oslo de Investigaciones sobre la Paz) sobre las tendencias de los conflictos bélicos, estos han experimentado en los últimos años un auge que no se veía desde el fin de la Guerra Fría hace ya casi treinta años. Escenarios bélicos como los de Irak, Siria, Afganistán o Yemen están lejos de acabar y se recrudecen día a día. Estos conflictos aparecen diariamente en nuestras pantallas de televisión y nuestros periódicos, pero aun así uno no puede evitar sentirlos alejados. Solo cuando la llegada masiva de refugiados lleva el conflicto a nuestra casa notamos los efectos de estos sobre nuestras vidas.

En este contexto, la obra de Michael Herr, *Dispatches* sobre la Guerra de Vietnam, en la que el autor es capaz, no solo de describir sino de hacer sentir el conflicto bélico en primera persona, es más relevante que nunca. El libro se compone de artículos que Herr publicó para la revista *Squire* y *Rolling Stone* entre 1967 y 1968, cuando estaba destinado en Vietnam y recrea con el estilo directo y subjetivo del Nuevo Periodismo estadounidense la vivencia de los soldados en Vietnam.

La edición española de la misma aparece en 1980, editada por Anagrama y traducida por J.M. Álvarez Flórez y Angela Pérez. Las subsiguientes ediciones de esta siguen utilizando la misma traducción y precisamente por eso, la obra (cuya última edición es de 2006) se resiente de cierto anacronismo en su traducción. Toda traducción se entiende en una época y un contexto y, aunque la propia obra de Herr es, todavía hoy, muy vigente, su traducción no lo es tanto.

Mi trabajo consiste en la traducción de un capítulo de la obra y su consiguiente comentario, en el cual desgloso los problemas que plantea su traducción en todas sus dimensiones.

2. Contexto de la obra.

2.1. Michael Herr

Michael Herr nació en Siracusa, Nueva York, en 1940, hijo de un joyero judío, graduándose en 1961 en su universidad local en Literatura y Escritura de Ficción.

(Ahonen 2013, 13-14) Desde muy joven desarrolla la afición por la escritura y denota un agudo sentido de la observación. Tiene la ambición de convertirse en una figura literaria y por ello escribe críticas de cine para la revista *Holiday* y artículos de viajes para la *New Leader*. Pero uno de sus objetivos es escribir sobre la guerra de Vietnam y por ello en 1967 propone al editor de la prestigiosa revista *Squire*, Harold Hayes, que le envíe a Vietnam para escribir artículos de diferentes tipos sobre el conflicto. Pero al llegar a Vietnam, Herr se encuentra que la manera ortodoxa de cubrir el conflicto a través de las ruedas de prensa y memorandos facilitados por el ejército estadounidense no explican la verdaderamente la situación. A diferencia de los otros periodistas, Herr no está «*enslaved to such time-worn journalistic conventions as objectivity, tight deadlines and the reluctance of editors to print stories that deviated from those of the rest of the 'pack'?*»¹ » (Saliba 2007, 12) y eso le permite crear textos con un estilo libre, centrado más en las experiencias de los soldados y sus propias observaciones en el terreno que en los fríos datos proporcionados por el departamento de comunicación del ejército estadounidenses.

2.2. La Guerra de Vietnam.

La guerra del Vietnam marca un antes y un después tanto en la política bélica norteamericana como en la manera que tienen los medios de narrarla (y por ende como percibe el público la contienda bélica). Este fue otro de los conflictos resultantes de la Guerra Fría librada entre el bloque comunista y el capitalista, es decir, entre los EUA y la antigua URSS. Las raíces del conflicto las encontramos en la partición de la colonia francesa de Indochina durante la Conferencia de Ginebra, división que comprendía Laos, Camboya, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur; los dos últimos divididos por el paralelo 17. (Caparrós Lera 1998)

En el año 54, el Vietminh, la liga nacionalista y de corte comunista de Vietnam del Norte presidida por el líder comunista Ho Chi Minh, inicia la guerra contra su vecino del sur para anexionarlo en un movimiento de “liberación nacional” ya que Vietnam del Sur estaba gobernada por títeres de las potencias coloniales. Vietnam del Sur sufría además los ataques internos del Vietcong, cuyo brazo político, el Frente de Liberación Nacional

¹ «... esclavizado por convenciones periodísticas que te hacen perder el tiempo tales como la objetividad, fechas de entrega ajustadas y la reticencia de los editores a publicar historias que se salgan de las que hace el resto de “la manada?»»

(NFL) apoyaba la anexión con el Norte y que su vez estaba apoyado por el Vietminh. En un principio Estados Unidos solo tiene desplegados un millar de “asesores” en la zona, pero poco a poco va destacando más efectivos militares, teniendo en 1963 unos 16 000 efectivos.

En el gobierno de Vietnam del Sur se suceden una serie de jefes militares afines a Estados Unidos, pero la inestabilidad de estos gobiernos y el creciente temor a la amenaza comunista hace que los estadounidenses declaren oficialmente la guerra al Vietminh en 1964, empezando así el desembarco masivo de tropas en el sur. Este despliegue alcanza en pocos años los 500 000 efectivos y está dirigida por el general Westmoreland. Empiezan entonces los bombardeos de la aviación americana y el despliegue de las fuerzas terrestres en una estrategia convencional de contención y desgaste (mientras que los vietnamitas realizaban una exitosa guerra de guerrillas). La opinión pública norteamericana apoya en un principio la contienda, pero especialmente a partir de la ofensiva del Tet en 1967 esta empieza a cambiar. Y es precisamente en esta época en la que se enmarca lo narrado por Michael Herr en su *Dispatches*.

2.3. *Dispatches*.

La obra se divide en seis capítulos que corresponden a temáticas diferenciadas o a episodios concretos de la guerra. El primero de ellos “*Breathing in*” nos introduce en el escenario bélico y se prepara (y nos prepara) para lo que serán las escenas más crudas de los siguientes capítulos.

Después continua con “*Hell Sucks*” donde describe la ofensiva del Tet en la antigua ciudad imperial de Hue (el capítulo en el que se centra este trabajo). Herr llega con el Primer Batallón de Marines, cuya misión es retomar la ciudad y, desde muy al principio, describe un ambiente cargado de malos presagios: “... *the sights and sounds as he and the Marines approach the city, the black and foreboding skies serving as a true-life metaphor for the grim days and weeks which lay ahead.*”² (Saliba 2007, 14). En el capítulo se describen dramáticas escenas de guerra que transmiten al lector el caos y la sensación de desesperación que emana de un conflicto bélico.

² «... las imágenes y los sonidos que aparecían mientras él y los marines se acercaban a la Ciudad, los cielos negros y cargados de presagios que servían como una metáfora de la vida misma sobre los días y semanas terribles que vendrían.»

La sensación se describe más ampliamente en el siguiente capítulo, Khe Sahn, donde se narra el largo asedio de una base norteamericana (cuyo nombre da título al capítulo) rodeada de tropas norvietnamitas transmitiendo una potente sensación de claustrofobia y desesperación. El capítulo “*Illumination Rounds*”, contiene fragmentos de encuentros y entrevistas a soldados y a compañeros de profesión sin ninguna conexión temporal o espacial, como sí ocurría en los capítulos anteriores. El quinto capítulo, “*Collegues*”, se centra en los corresponsales de guerra que conoció el autor, sus experiencias y puntos de vista. En el último capítulo, “*Breathing out*”, Herr resume su experiencia de guerra a modo de conclusión.

El libro se entronca dentro del movimiento conocido como Nuevo Periodismo (del que hablaré más adelante) pero de manera más amplia conecta con las corrientes posmodernistas en boga en la época como afirma el profesor Luis Carlos Rocha: «*Dispatches also presents some features which allow it to be read as a postmodern narrative, considering that self-reflexivity, intertexts, and the mixture of fact with fictional modes of expression can be apprehended in its lines*».³ (Rocha 2013, 66)

En este aspecto tenemos las descripciones gráficas de los escenarios en los que se desarrolla la escena, trazadas con un estilo próximo al cinematográfico que crea imágenes muy vívidas en el lector. Es el caso de las primeras frases del capítulo “*Hell Sucks*”:

By 2.30 each day Saigon looked like the final reel of *On the Beach*, a desolate city whose long avenues held nothing but refuse, windblown papers, small distinct piles of human excrement and the dead flowers and spent firecracker casings of the Lunar New Year.⁴ (Herr, *Dispatches* 2015, 71)

Otro aspecto del estilo del libro es la recreación de diálogos pues Herr intenta reproducir con fidelidad muchas conversaciones, especialmente con soldados rasos, y por ello en el libro encontramos los diferentes dialectos del inglés estadounidense mezclados con el argot de la época.

³ «*Dispatches* también presenta algunas características que permiten su lectura como una narración posmoderna, teniendo en cuenta que la auto-reflexión, los intertextos y la mezcla de hechos reales con modos de la ficción se pueden percibir en sus líneas»

⁴ «Cada día sobre las dos y media, Saigón parecía salida de las últimas escenas de *El amanecer de los muertos*, una ciudad desolada en cuyas largas avenidas no había otra cosa que basura, papeles arrastrados por el viento, pequeñas y llamativas pilas de excrementos humanos y las flores marchitas y envoltorios de fuegos artificiales usados en la fiesta del año nuevo lunar.»

Otra característica ligada a la posmodernidad presente en *Dispatches* es la intertextualidad. Esta es visible de manera directa en los comentarios que hace Herr sobre el oficio periodístico y sus compañeros de profesión, en las referencias a películas, canciones de la época o en las referencias bíblicas. Un caso de intertextualidad interesante es la referencia al personaje de “*The Quite American*” de Graham Greene, para aludir a que los EUA estaban predestinados a perder la guerra:

Maybe it was already over for us in Indochina when Alden Pyle’s body washed up under the bridge at Da Kao, his lungs all full of mud; maybe it caved in with Dien Bien Phu. But the first happened in a novel, and while the second happened to the French, and Washington gave it no more substance than if Graham Greene had made it up too.⁵ (Herr, *Dispatches* 2015, 49)

El libro aparece por primera vez en 1977, dos años después del fin de la guerra, y la recepción de público y crítica es variada. Desde los sectores de la izquierda lo describen como no suficientemente crítico y a la inversa, el público más conservador lo tacha de propaganda liberal. Con el tiempo, la obra se ha vuelto en lectura indispensable para entender la guerra del Vietnam y la guerra en general. Ha recibido las alabanzas de la crítica especializada y de autores como Tom Wolfe o William S. Burroughs, el cual alabó su habilidad para ofrecer al lector «... *the impact of total experience as all the facades of patriotism, heroism and the whole colossal fraud of American intervention fall away to the bare bones of fear, war and death*⁶» (Herr, *Dispatches* 2015).

2.4. El Nuevo Periodismo.

El Nuevo Periodismo (a partir de ahora NP), en el que se ubica *Dispatches*, es un movimiento a caballo entre la literatura y el periodismo que tuvo lugar en Estado Unidos durante los años sesenta y setenta. Su origen tenemos que buscarlo en el desafío que supone para el periodismo convencional narrar los convulsos hechos de los años sesenta: la lucha por los derechos civiles, la guerra del Vietnam y los movimientos que se oponían

⁵ «Quizás se había acabado ya para nosotros en Indochina cuando el cuerpo de Alden Pyle apareció bajo el puente en Da Kao, sus pulmones llenos de barro, quizás se perdió en Dien Biehn Phu. Pero lo primero sucedió en una novela y lo segundo les había sucedido a los franceses y Washington le dio tanta importancia como si también lo hubiera escrito Graham Greene.»

⁶ «El impacto de experiencia total cuando todos los aspectos del patriotismo, del heroísmo y de todo el fraude colossal de la intervención americana se desvanecieron hasta quedarse en los huesos desnudos del miedo, la guerra y la muerte.»

a ella, la nueva contracultura hippie, etc. Por ello un grupo de periodistas empiezan a utilizar técnicas alejadas del periodismo y más cercanas a la novela, para retratar los acontecimientos del momento. A esto se le tienen que añadir también los «*changes in the media market, the dissatisfaction of some reporters with their work, and the collaboration between very talented reporters and writers and very imaginative editors.*»⁷ (Naranjo 2017, 47)

Aunque muchos han negado que se tratara de un movimiento periodístico (o artístico) ya que sus autores tienen muy diversos estilos (no existe un manifiesto o lugar de reunión de sus miembros) parece de común acuerdo que el Nuevo Periodismo empieza a principios de los sesenta. Tom Wolfe, uno de los escritores del NP y uno de sus defensores más conocidos, afirma en varias entrevistas que no sabe dónde empieza el movimiento, pero recuerda un artículo de Gay Talese sobre el boxeador Joe Louis que apareció en la revista *Squire* en 1962 como su primer encuentro con una nueva manera de narrar en el periodismo. Otros apuntan a su nacimiento en la obra de Truman Capote, "A Sangre Fría", aunque el mismo Capote no se define como periodista y se desmarca del movimiento.

Sea como fuere, el NP reúne a una serie de periodistas que empiezan a utilizar nuevas técnicas en la redacción de artículos periodísticos y que posteriormente convierten en libros. El NP incluye entre sus filas a Tom Wolfe, Norman Mailer, Gay Talese, Michael Herr, Jimmy Breslin o Hunter S. Thompson, entre otros.

Los trabajos de estos, principalmente en forma de artículos, aparecen en revistas que apuestan por nuevos formatos y que intentan alejarse del formalismo de las grandes publicaciones diarias. Revistas como *Rolling Stone*, *Harper's Magazine*, *Squire* o *New Yorker* promueven los nuevos formatos al contratar escritores para cubrir eventos de actualidad, tal como lo cuenta el editor de *Squire*, Harold Heyes: «... *in the Sixties, events seemed to move too swiftly to allow the osmotic process of art to keep abreast, and when*

⁷ «... los cambios en el mercado de los medios de comunicación, la insatisfacción de algunos periodistas con su trabajo y la colaboración entre algunos reporteros y escritores con talento y editores muy imaginativos.»

*we found a good novelist we immediately sought to seduce him with the sweet mysteries of current events*⁸. (Murphy 1974, 5)

Según Wolfe las cuatro técnicas utilizadas en el NP propias de la novela realista eran la construcción escena por escena, registro completo de diálogos, punto de vista en tercera persona y los detalles en la descripción de personajes. (Murphy 1974, 6)

Por el uso de los recursos literarios y una abierta subjetividad (en oposición a la objetividad del periodismo convencional) se tacha al NP en muchos casos de “paraperiodismo” o narrativa de no-ficción, pero sus autores y defensores defendían que el NP era verdadero periodismo al requerir una intensa labor de investigación y una adhesión total a los hechos narrados. Tom Wolfe denomina a esa investigación concienzuda y rigurosa “*saturation reporting*” y, según Murphy, «*There is a close connection between intensivity and the four techniques of realism is apparent. Extended dialogue and “social autopsy” can be achieved only as the result of the close, extended, probing coverage that is saturation reporting*⁹» (Murphy 1974, 22)

⁸ «En los años sesenta, los acontecimientos parecían suceder demasiado deprisa para permitir el proceso osmótico del arte de estar al día y cuando encontrábamos a un buen novelista inmediatamente intentábamos seducirlo con el dulce misterio de los acontecimientos actuales. «

⁹ «Hay una conexión muy cercana y evidente entre la ‘intensividad’ y las cuatro técnicas del realismo. El diálogo extenso y la “autopsia social” solo se pueden alcanzar a partir de la cobertura extensa, directa y profunda que es el ‘periodismo intensivo’»

3. Traducción literaria, entre el TO y el TL.

La traducción literaria entraña una especial dificultad para el traductor a la hora de decidir los parámetros por los que regir dicha tarea. En otros ámbitos de la traducción como la científica o la jurídica, el enfoque funcional de la traducción es mucho más patente pues lo importante es la transmisión de la información de manera eficiente. La forma del texto queda supeditada principalmente al mensaje, pues estos textos son eminentemente informativos. No ocurre lo mismo en la traducción literaria, en la cual el traductor tiene que ser mucho más cuidadoso con el propio texto, su estilo, así como tener en cuenta la función expresiva del mismo.

La traducción literaria, más que ninguna otra traducción, tiene que tener en cuenta tanto la connotación como la denotación de las palabras y eso significa elegir entre una miríada de posibilidades que pueden trasladar mejor o peor el significado de una palabra de la LO a la LM. Por ello, como dice África Vidal, más que traducir lo que el texto dice se trata de traducir lo que *no* dice. (Vidal Claramonte 2013, 2).

La traducción literaria siempre implica que el traductor tiene que tomar una decisión respecto a donde se sitúa respecto a la dicotomía Naturalización vs. Extranjerización. ¿Es importante que el texto sea natural en la lengua meta y de fácil comprensión para el nuevo lector? ¿o es más importante la fidelidad al estilo del original?

Respecto a la fidelidad al original es imposible la transmisión completa y fidedigna del original ya que, como afirma Susan Sonntag, «*la traducción es en lo fundamental una tarea imposible, si ello significa que el traductor es capaz de recoger el texto de un autor escrito en un idioma y entregarlo, intacto, sin pérdidas, en otro idioma.*» (Sonntag 2003, 2). O como dice Martin Riker: “... *work in translation has already been corrupted by the act of translation itself. The new work, the translated work, is already an interpretation of the original, and unavoidably so*”¹⁰. (Gill 2009, 41) Por ello he intentado en muchos casos no centrarme tanto en el estilo del original sino en intentar transmitir las ideas e

¹⁰ «... la obra en la traducción ya ha sido corrompida por el acto mismo de la traducción. La nueva obra, la obra traducida, ya es una interpretación del original de manera ineludible.»

imágenes que el autor pretendía evocar en el original con su característico estilo. Como dice Madeleine Strong:

...the translator may take great liberties with the use of words in order to obtain the same effect, even if the subject matter of the play on words is completely different from the original. This is because it is the author's intention of playing with language which is paramount and not the meaning of the specific word used to do it.¹¹ (Strong Cincotta 1995, 5)

A este respecto, uno de los riesgos que corre la traducción si se intenta reproducir literalmente el estilo del autor en la LO es producir un texto extraño para el lector meta que remita inmediatamente a que el texto en sí es una traducción.

Por otro lado, tampoco es adecuado despojar el texto de toda su “otredad”. Ya que *«naturalizar un libro extranjero es perder lo que tiene de más valioso: el espíritu del idioma, el ethos mental del que surge el texto.»* (Sonntag 2003, 8) Por ello, esta traducción ha supuesto mantener un difícil equilibrio entre la naturalización y la extranjerización que me ha llevado a tomar decisiones constantemente sobre los pasajes más complicados del mismo.

¹¹ «el traductor puede tomarse muchas libertades con el uso de las palabras con el fin de obtener el mismo efecto, incluso si el tema del juego de palabras es completamente diferente del original. Esto se debe a que lo principal es la intención del autor de jugar con las palabras y no el sentido de la palabra específica usada para ello.»

4. Comentario.

Introducción. Estructura y nomenclatura utilizada.

Para una comprensión global de los problemas de traducción que presenta el texto he estructurado el comentario sobre la traducción en tres grandes bloques según el aspecto analizado: semántico, morfosintáctico y de estilo. Agrupando en cada bloque ejemplos significativos de cada uno de estos aspectos y a su vez diferenciando varios subgrupos dentro de los mismos. Por ejemplo, en el aspecto semántico he dedicado un apartado separado al lenguaje y terminología militar empleada en el libro ya que aparecen de manera continuada a lo largo del mismo. A su vez, este apartado sobre lenguaje militar está estructurado según el tipo de unidad que analiza (armas y equipamiento, siglas y abreviaciones, unidades militares y argot). El objetivo es dar una visión conjunta de los problemas que me ha planteado la traducción del texto.

En cuanto a las estrategias de traducción utilizadas me he basado en la tipología creada por Franco Aixelà (De Belle 2016):

Repetición: consiste en copiar la palabra del texto original e incorporarla en el texto meta sin cambiar nada.

Adaptación ortográfica: cambia la pronunciación y la morfología del término, adaptándolas a las normas de la cultura o lengua meta.

Traducción lingüística: traslado automático o traducción por defecto del término o referencia cultural, sin atender a su significación cultural.

Glosa extratextual: combinación de una de las estrategias anteriores con una explicación al margen del cuerpo del texto.

Glosa intratextual: las explicaciones culturales del traductor se insertan, sin marca alguna, en el cuerpo del texto, mezclándose con la voz del autor.

Sinonimia: cuando se sustituye una referencia cultural por un sinónimo en el texto meta, por falta de una palabra que significa exactamente lo mismo que en la cultura meta.

Universalización limitada: sustitución del término o la referencia cultural por otro perteneciente al mismo universo cultural pero más conocido para el lector meta.

Universalización absoluta: sustitución del término o la referencia cultural por un genérico o un hiperónimo contextual.

Naturalización: cuando una palabra cultural del texto original es transferida por una palabra cultural del texto meta que tiene más o menos el mismo significado

Omisión: cuando se omite totalmente la referencia cultural.

Creación autónoma: consiste en crear un término o expresión nueva que no existe en la lengua meta.

Compensación: cuando el traductor trata de compensar una pérdida del sentido en otra parte del texto.

4.1. Aspecto semántico.

a) Lenguaje militar.

Herr utiliza de manera extensa la terminología y el argot militar a lo largo del texto. La utilización de la jerga militar no es gratuita pues su uso ayuda a crear la atmósfera de la narración, logrando que el lector se introduzca plenamente en la vorágine de la vida militar. A su vez, sirve para que el lector, al igual que el propio Herr y los soldados protagonistas, no esté del todo cómodo mientras lee el texto, siempre asaltado por términos extraños que no conoce (pero puede llegar a intuir). Esta sensación de extrañeza la podía tener al lector de la época sin formación militar y por ello creo que ha sido necesario mantenerla (hasta cierto punto) en la traducción. Como en toda traducción, las estrategias han sido varias dependiendo del término y su contexto, siempre manteniendo el equilibrio entre la fidelidad al original y la fluidez del texto.

Armas, vehículos y equipamiento.

La cantidad de equipo militar que salpica el texto es ingente. Desde armas y vehículos hasta vestimenta o alimentos, la terminología militar aparece tanto en su denominación común como en expresiones propias de la jerga del ejército norteamericano. En la traducción he utilizado varias técnicas (ampliación, universalización limitada y absoluta, traducciones lingüísticas o repeticiones) dependiendo de varios factores (sonoridad, nivel de comprensión del término, situación dentro de la frase).

Herr utiliza la terminología de manera ágil y fluida, como si él mismo fuera un soldado, utilizando las abreviaciones, motes y expresiones del lenguaje militar de forma natural.

Una vez que el lector se ha familiarizado con el estilo, la terminología deja de entorpecer tanto el texto y pasa a ser un ruido de fondo constante que nos ayuda a meternos en la historia. Por ello he tenido muy en cuenta la frase entera donde aparece el término para decidirme por su traducción. Veamos por ejemplo la siguiente frase:

TO: “... *began forming into large armed bands, carrying .45s and grease guns and Swedish Ks,...*”

TM: “... empezaron a formar grupos armados; llevaban revólveres del 45, viejos subfusiles americanos y M/45 suecos”

La descripción detallada de las armas no es casual, ya que lo que Herr pretende en esta sencilla frase es dar cuenta de lo abigarrado que es el equipamiento de los civiles americanos en Vietnam (revólveres de uso civil, subfusiles de la Segunda Guerra Mundial y armas extranjeras). Por ello, la traducción de los nombres de las armas ha de estar condicionada a esa idea subyacente del texto, y a la vez no perder fluidez.

En la cuanto a la traducción, al principio tenemos una ampliación de “.45s” que he traducido por “revólveres del 45” ya que el lector estadounidense reconoce fácilmente el punto que precede a un número como el calibre de un arma y he querido que el lector español tuviera el mismo nivel de comprensión. El término “*grease gun*”, por otro lado, me ha planteado una toma de decisiones más compleja. Se trata de la denominación coloquial de un subfusil principalmente utilizado en la Segunda Guerra Mundial y que fue cayendo en desuso en las siguientes guerras (aunque su uso puntual continuó hasta la Guerra del Golfo). Las opciones que se me planteaban eran varias, desde una naturalización con creación propia (engrasadora) a la universalización absoluta (subfusil americano). Finalmente me he decidido por la universalización con una pequeña ampliación (viejo subfusil americano) para potenciar la idea del armamento variopinto de los civiles. En cuanto al último término me he basado principalmente en un tema de sonoridad pues la traducción lingüística nos devolvía un “7 sueco” que no resonaba muy bien en el oído español. Por ello la he combinado con otra acepción de la misma arma (que también es conocida como Carl Gustav M/45) para conseguir una locución más sonora, “M/45 suecos”.

La estrategia elegida para cada caso normalmente respondía al siguiente orden de preferencia:

- equivalente español
- mantenimiento del original
- mantenimiento del original más ampliación
- Universalización (absoluta o limitada)
- traducción lingüística

Es decir, si no había un equivalente español recurría a mantener el original. Si el uso de este dejaba una frase confusa recurría a la ampliación. Si esta no acababa de funcionar utilizaba una universalización y si este último recurso tampoco daba los resultados necesarios recurría a la traducción lingüística.

Evidentemente, los equivalentes en español resultaban mínimos porque los paralelismos entre equipamiento del ejército estadounidense (y su correspondiente terminología) y el español eran mínimos. Además, muchas veces la jerga militar española no funcionaba bien porque naturalizaba demasiado el texto y no sonaban bien términos tan castizos en el contexto del ejército norteamericano. Por ello, he recurrido en varias ocasiones a la traducción lingüística del término original cuando resultaba claro en el contexto, como por ejemplo a la hora de traducir “*C-rations*” por “raciones C” o a la repetición en el caso de algunos modelos de vehículos (como por ejemplo el avión AVENGER V). Aunque en varias ocasiones he tenido que recurrir a la ampliación tanto en forma de aposiciones como añadiendo otros elementos en la frase, como en el siguiente ejemplo:

TM: “... *and three minutes after we landed there we caught a C-130 to Danang*”

TO: “... y tres minutos después de aterrizar cogimos un C-130 y volamos a Danang.”

Aquí he dejado el término C-130 (un avión militar de transporte) y he añadido después el verbo “volamos” para especificar que se trataba de un avión. A veces ha sido necesario cambiar el término pues la connotación que tiene en español es diferente que en inglés. Es el caso de “*rocket*” refiriéndose al proyectil de un lanzagranadas. La traducción literal por “cohete” resultaba confusa en español (normalmente es un término más asociado a la artillería pesada) y por ello he utilizado en su lugar granada:

TO: “... *and one B-40 rocket could have made casualties out of a whole truckload of us.*”

TM: “... y el disparo de una granada B-40 nos habría causado un montón de bajas.”

En otros casos he utilizado la universalización absoluta (traducción por un hiperónimo más explicativo) como en el caso de “*deuce-and-a-half*” (traducida por “camión pesado”), “*half-ton truck*” (“camión ligero”), “*fatigues*” (“ropa militar”) o “*CS gas*” (“gas lacrimógeno”). El criterio era, en todo caso, la fluidez del término dentro de la frase y que al mismo tiempo su traducción sonara veraz. Por ejemplo, el caso de los camiones llamados según su tonelaje nos devolvía una traducción tosca en castellano (“camión de dos toneladas y media”), y había que tener en cuenta que una de las funciones de la jerga es abreviar. Por ello, en esos casos he omitido la terminología y me he decantado por un hiperónimo más explicativo (“camión pesado”).

En última instancia tenemos los términos como “*mortar pit*” que nos remitían a una traducción lingüística pues esta funcionaba bien en el texto (“foso de mortero”).

Siglas, abreviaciones y acortamientos.

Herr usa siglas y abreviaciones y muchas de ellas se repiten a lo largo del texto. Mi planteamiento aquí ha sido intentar, siempre que fuera posible, mantenerla como en el original, pero sin que la comprensión de la frase se resintiera por ello.

En el caso de los acortamientos me he decantado por poner el término completo si podía crear confusión o extrañeza. Es el caso “*in the Emergency*”, que es un acortamiento de “*in the State of Emergency*”, el cual yo he traducido como “en estado de emergencia”. En cambio, cuando aparece por primera vez “*The Mission*” (nombre con el que se denominaba al “*Mission Council*”, el grupo de militares y funcionarios al mando de las operaciones en Vietnam) he dejado el acortamiento tal cual (“La Misión”) por dos motivos: por un lado, hay una connotación irónica en el uso de “misión” que nos retrotrae a las misiones evangelizadoras y que establece la sutil idea de la “evangelización” de las tropas estadounidenses en el mundo. Por otro lado, un par de frases más abajo se hace mención del nombre completo “Consejo de la Misión”, con lo que el uso del acortamiento no entorpece mucho la lectura.

En cuanto las abreviaturas y siglas he aplicado una técnica similar, ya sea dejando el término original y añadiendo en aposición el significado (como por ejemplo en la frase: “... nos encontramos un psiops, Operaciones Psicológicas, que se apiadó de nosotros...”),

sencillamente universalizando el término (“helicóptero de evacuación” por “*medevac*”) o poniendo la definición completa de las siglas (“Policía militar” por “PM”).

Estas ampliaciones minimizan la carga terminológica del original y para contrarrestarlo he elegido una serie de términos y siglas que se repiten a lo largo del texto para, la primera vez que aparecen hacer una ampliación, y a partir de ahí introducir únicamente la sigla cuando vuelven a aparecer. Es el caso de NVA (Ejército Norvietnamita), ARVN (Ejército de la República de Vietnam), GVN (Gobierno de Vietnam del Sur) o KIA (muerto en combate).

Respecto al uso de NVA y ARVN es interesante remarcar como Herr utiliza estas abreviaturas. Por un lado, las utiliza en su significado semántico más formal, refiriéndose a los ejércitos vietnamitas (“... *some of the 1st ARVN Division*”, “*The NVA flag*”) pero otras veces las utiliza como hiperónimos, refiriendo un término general a individuos concretos, emulando la jerga militar americana (“*The prison was full of captured NVA...*”, “... *dozens of dead NVA*”, “... *a crowd of ARVN...*”). Por mi parte, he preferido utilizar el término siempre en el sentido más estricto y añadir una ampliación si era necesario (“Un soldado del NVA”).

Unidades militares

En cuanto a las denominaciones de los diferentes cuerpos dentro del ejército, he utilizado principalmente la traducción lingüística (no cultural) como en el caso de “*Charlie Company*” (“Compañía Charlie”) o “*graves registration*” (“registro de bajas”).

Por otra parte, en el caso de la denominación de los batallones he seguido una estrategia parecida a la de las abreviaciones más frecuentes. En la nomenclatura americana se utiliza el número del regimiento seguido de una barra y luego el número del regimiento (1/5, 2/5). Al ser un tipo de nomenclaturas que se repite a lo largo del texto (y mucho más a lo largo del libro) mi estrategia es explicitarlo la primera vez que aparece (“Los marines del 2º batallón/5º regimiento”) para, a partir de aquí, seguir con la nomenclatura original (1/5, 2/5). Como siempre, mi traducción intenta que el lector pueda leer el texto con fluidez y perder lo menos posible el estilo del original y a su vez, que todas las claves para su comprensión estén en el propio texto

Expresiones y argot

A parte de terminología formal dentro de la jerga militar hay un sinfín de argot militar en el lenguaje que utiliza Herr. Esta manera de hablar aparece tanto en los diálogos de los propios militares como en las descripciones del propio Herr. La reproducción de este *slang* militar es especialmente complicado pues, en muchas ocasiones, la creación de un argot análogo en español (que no existe o, como he explicado antes, era demasiado naturalizador) me ha llevado a utilizar un abanico de técnicas que van desde la repetición a la ampliación, pasando por la pura omisión.

Es el caso de “ratones blancos” (“*White mice*”) para referirse a la policía militar vietnamita, en la que he utilizado una ampliación o en el término “*grunt*” (expresión coloquial para denominar a un soldado raso) donde no he tenido más remedio que traducirlo por un simple “soldado”, omitiendo la marca de argot. Sin embargo, en otros casos, el problema ha sido que el término tenía una importante connotación dentro del contexto de la escena en el que aparecía. Es el caso del término “*Mustang*” en el siguiente fragmento:

TO: “*And one of his aides, a tough mustang first lieutenant, would pitch a hard, ironic smile above the major’s stare, a smile that rejected good news, it was like hearing him say, ‘The major here is full of shit, and we both know it.’*”

TM: “Uno de sus ayudantes, un duro y experimentado teniente primero, nos lanzó una sonrisa dura e irónica sin que el mayor le viera, una sonrisa que desechaba las buenas noticias; era como oírle decir ‘aquí el mayor se está montando una bola y ambos lo sabemos’”

Un *mustang* es un oficial que ha conseguido su rango a través del servicio activo en contrapartida a otro oficial que ha subido en el escalafón a través de su acceso a una academia militar. Los primeros suelen ser de más edad y tener más experiencia que los segundos y este hecho es crucial para la total comprensión del fragmento. Estamos hablando de un oficial cuya experiencia hace que sea capaz de ver por encima de las mentiras de su superior y no tener ningún reparo a expresarlo ante los periodistas. Como traductor, he tenido que obviar la incursión del término, pues el equivalente en argot militar español, “chusquero”, no funcionaba bien. Por dos motivos, por un lado, naturalizaba mucho el texto hacia la lengua meta y por otro la palabra “chusquero” ha pasado al lenguaje coloquial español con una acepción (chusquero remite a algo mal

hecho, cutre o chabacano) que nada tenía que ver con el uso de la palabra en inglés. Por otro lado, la repetición exacta del término inglés haría que el lector perdiera la idea subyacente de la escena. Por eso me he decantado por sustituir el término por un adjetivo “experimentado” que aluda, de manera mucho menos evidente que el original eso sí, la idea tras el término (y la escena).

b) Sustantivos, adjetivos y adverbios: connotación y denotación.

La traducción de sustantivos en una obra literaria es especialmente complicada al no haber siempre una correspondencia entre la denotación y connotación de la palabra en la lengua de origen y su equivalente en la lengua meta. La connotación, además, depende muchas veces del uso que hace el autor del sustantivo y las connotaciones que tiene para este.

El traductor tiene que tener no solo en cuenta, por lo tanto, que connotaciones tiene la palabra en la lengua de origen y para el autor del texto si no también que connotaciones tendrá para su lector meta. En el siguiente ejemplo podemos ver las diferencias de connotación que hay entre la LO y la LM:

TO: “... *and no mob of hysterical vigilantes ever promised more bad news.*”

TM: “Ninguna turba con antorchas y horcas prometía peores augurios”

En el texto original tenemos la palabra “*vigilantes*” que evoca unas connotaciones en el lector norteamericano muy concretas. Se refiere a una imagen clara en el subconsciente del estadounidense que remite a patrullas ciudadanas que recorren un vecindario y a ciudadanos que se toman la justicia por su mano. En la cultura hispana no tenemos ese referente tan presente y la primera asociación que hacemos con la palabra “vigilante” quizás sea la de un guardia de seguridad. Por eso era necesario cambiar la imagen y he utilizado una imagen cercana a ese grupo de ciudadanos armados aplicando su propia ley. Esto es, la idea de una muchedumbre de campesinos armados con toscas armas dispuestos a hacer justicia. Esta imagen funciona porque está en el inconsciente del lector hispano a través de multitud de libros y películas.

En otros casos en los que una traducción literal de un sustantivo no funciona tenemos que reflexionar sobre cuál es la función que el autor le quiere dar y buscar un equivalente que transmita correctamente la intención del autor. Es el caso de “*heat*” que he traducido como “adrenalina” al ser utilizado en el TO con la acepción de una emoción intensa de ira o

excitación, y, concretamente en el uso que hace Herr, se refiere a la excitación por la presencia de los periodistas en los combates. La frase, entonces, quedaría así:

TO: “*We took a huge collective nervous breakdown, it was the compression and heat of heavy contact...*”

TM: “Todos sufrimos una enorme crisis nerviosa colectiva, era el resultado de la compresión y la adrenalina...”

En otros casos, he utilizado la connotación de ciertas palabras en español para realizar conexiones con los campos semánticos en la mente del lector hispano. Es el caso de la siguiente frase:

TO: “*Our machine was devastating*”

TM: “Nuestra maquinaria era devastadora”

En la traducción podría haber utilizado “máquina”, pero utilizando “maquinaria” realizaba una conexión con una locución que también está presente en español “maquinaria de guerra” que refuerza la idea de Herr. Ciertamente es que el traductor tiene que tener mucho cuidado a la hora de crear imágenes nuevas que no estaban en el texto original. En este caso la intromisión traductora es leve y sirve (siempre tiene que ser así) para reforzar las ideas del propio autor.

Otro caso que me ha planteado problemas es la locución nominal “*ongoing information*” que Herr utiliza con un toque de ironía para referirse a las inscripciones en las ropas de los marines:

TO: “... *their ongoing information (HELL SUCKS, TIME IS ON MY SIDE, JUST YOU AND ME GOD – RIGHT?)*.”

TM: “... declaraciones para la posterioridad (EL INFIERNO APESTA, EL TIEMPO ESTÁ DE MI PARTE, SOLOS TÚ Y YO, DIOS ¿NO?).”

Ese “*ongoing information*” es una nota irónica por parte de Herr, pues a las frases categóricas, filosóficas y de carácter religioso de los marines las tilda de “información actualizada” o “información corriente”. El problema para mí reside en que la ironía en español no funciona tan bien y por ello he decidido sustituirla por otra de creación propia “declaraciones para la posterioridad” que recoja un poco ese sentido irónico de Herr de manera más efectiva. Sin lugar a duda, trasladar el sentido del humor de una lengua a otra

es una de las partes más difíciles de la traducción, sobre todo si es un humor sutil como el de Herr. Aquí he optado por “traicionar” el original y apostar por un enfoque funcional que traslade no la forma del original sino su efecto sobre el lector.

Otro caso que me ha planteado problemas es el de “*shallow graves*” cuya traducción literal serían “tumbas poco profundas” o “tumbas superficiales”. Si analizamos el contexto de la frase veremos que lo que el texto trata de decir es que se trata de tumbas hechas con prisa pues eran para los ejecutados por el NVA, de ahí el “*shallow graves*” (“... or the one about thousands of NVA executions in Hue and the ‘shallow graves’ in the flats outside the city,...”). En mi traducción finalmente me he decidido por una locución (“fosas comunes”) algo alejada del original pero que transmite, creo, la misma idea de tumbas hechas de manera improvisada y sin mucho esmero; remite, además, con su connotación a otros conflictos armados donde se ejecutaba a los prisioneros sumariamente: “...el ejército norvietnamita, en Hue y las fosas comunes en las llanuras fuera de la ciudad.”

En el caso de los adjetivos también a veces las diferencias de uso entre ambas lenguas no permiten la traducción más literal de la misma. Es el caso de la siguiente frase:

TM: “*I went the other way, hyper and agitated, until I was only doing three hours of sleep a night.*”

TO: “Yo me volví todo lo contrario, hiperactivo y nervioso hasta que solo dormía tres horas por las noches.”

Tenemos la palabra coloquial “*hyper*” que traducimos por el equivalente español y en cuanto a “*agitated*”, podríamos traducirlo sencillamente por “agitado” pero este adjetivo es limitado a la hora de transmitir el estado excitación nerviosa que describe Herr y por eso me he decantado por un “nervioso”.

En otros casos es la propia polisemia de la palabra la que nos hace dudar entre dos posibles traducciones; es el caso de “*funny*” para describir el comportamiento de un niño trastornado ante un grupo de marines:

TO: “*He was laughing and moving his head from side to side in a funny way*”

TM: “Se estaba riendo y movía la cabeza de un lado a otro de una manera extraña”

Aquí, por el contexto de la frase y la situación podríamos traducirlo por las dos acepciones de *funny*, que son divertido o gracioso por un lado y extraño o raro, por otro. En este caso

el traductor no tiene más remedio que jugársela y apostar por una de las opciones, esperando acertar en la intención del autor. En mi caso, he elegido “extraño” al acercarse más al tono inquietante de la escena.

Otro adjetivo que me ha causado problemas es la traducción adecuada de “*death-enthralled*”. Este se refiere a la expresión ensimismada que tiene un grupo de soldados vietnamitas ante los cadáveres (y en general la inexpresividad de los vietnamitas), una expresión que Herr describe como “absortos por la muerte”. En la traducción quería transmitir la misma idea de manera sonora y por ello me he decantado por “fascinados por la muerte”.

En cuanto a los adverbios, a veces también están influenciados por las diferentes connotaciones en sus respectivos idiomas. Es el caso de “*hurriedly*” en la siguiente frase:

TM: “... *the wounded from Delta Company hurriedly piled on a tank.*”

TM: “... los heridos de la Compañía Delta apilados caóticamente sobre un tanque.”

La frase hace referencia a una foto aparecida en la revista *Life* en la que aparecen soldados norteamericanos amontonados sobre un tanque. El “*hurriedly*” del original (apresurado) nos habla del caos en ese momento de la batalla, pero una traducción literal no transmitiría la imagen adecuada en la mente del lector sobre todo si tenemos en cuenta la propia fotografía de la que está hablando:



1. Fotografía por: John Olson - Revista *Life*, febrero 1968

Por ello he considerado más adecuado utilizar el adverbio “caóticamente” para transmitir la sensación de apresuramiento, improvisación y desorden durante el asedio.

4.2. Aspecto morfosintáctico.

En el aspecto sintáctico, lo primero que tiene que tener en cuenta el traductor son las diferencias de uso a nivel gramatical entre el inglés y el español. En este aspecto resulta útil la gramática contrastiva a la hora de analizar cuáles son los usos de las diferentes formas gramaticales de los tiempos verbales en cada lengua. (Ruiz Raúl y Guijarro Ojeda 2005)

Por ejemplo, la gramática contrastiva nos indica que en inglés se usa de manera habitual la forma pasiva cuando en español su uso no es tan común. En general, el traductor debe tener en cuenta esto a la hora de decidir si mantiene una pasiva del TO o la reconvierte en activa. Si se decide por esto último tiene varias opciones, dependiendo de si el original explicita el sujeto o no. Si el sujeto está explícito podemos sencillamente pasarlo a activa:

TO: “... *the citadel was thought by most people to be insecure*”

TM: “... la mayoría de la gente consideraba que la ciudadela no era segura”

A veces la operación es complicada debido a la magnitud de la frase y la ordenación de la misma, lo que conlleva una reestructuración completa para poder pasarla activa y que la frase resultante sea fluida en castellano:

TO: “... *actual youth had been pressed out of me in just the three days that it took me to cross the sixty miles between Can Tho and Saigon.*”

TM: “... solo los tres días que me llevó cruzar los cien kilómetros entre *Can Tho* y Saigón habían exprimido mi verdadera juventud.”

También si el sujeto no está explicitado, y la frase lo permite, se puede transformar en una oración activa omitiendo el sujeto. En el siguiente caso, se puede omitir ya que por el contexto en el que se encuentra la frase se puede intuir quien es el sujeto omitido. Eso sí, una vez más ha sido necesario reorganizar la estructura de la frase para dotarla de fluidez, alterando los elementos de la misma.

TO: “*The NVA flag that had flown for so long over the south wall had been cut down...*”

TM: “Cortaron la bandera del NVA, que había ondeando sobre el muro sur tanto tiempo,...”

En otros casos se puede utilizar una construcción reflexiva:

TO: “*It was rumoured during those days that the palace was being held by a unit of student...*”

TM: “Durante aquellos días se rumoreaba que el palacio había sido ocupado por un grupo de estudiantes...”

Otro aspecto interesante del que nos habla la gramática contrastiva es la traducción de los tiempos verbales. Por un lado, tenemos que las formas de pretérito simple en inglés se pueden traducir en español a veces utilizando un pretérito indefinido y a veces un pretérito imperfecto. En la siguiente frase vemos un ejemplo del primer caso:

TO: “*Major Trong bounced around in the seat of his jeep as it drove us over the debris...*”

TM: “El mayor Trong saltaba sobre el asiento de su jeep mientras nos conducía por entre los escombros...”

A la hora de utilizar el indefinido o el imperfecto se ha de tener en cuenta de si se está describiendo una acción que se extiende en el tiempo, como es el caso de la anterior, o una acción puntual y finita, como en el siguiente caso:

TO: “*... and he asked a photographer in the chopper to get a picture of him like this to send to his wife*”.

TM: “... le preguntó al fotógrafo del helicóptero si podía sacarle una foto en ese estado para enviarle a su mujer.”

Otras veces será la utilización de frases construidas en inglés con *would* + infinitivo las que remitan al uso del imperfecto:

TM: “*The jeep would stall on rubble heaps from time to time...*”

TO: “El jeep se atascaba de vez en cuando en alguna pila de escombros...”

Otro aspecto que remarcar es la traducción de verbos que no tienen un equivalente completo a nivel semántico en español. En la siguiente frase tenemos dos ejemplos:

TO: “*...and the crowd, thinking the VC had shot it down, broke up in panic.*”

TM: “...y la multitud, pensando que había sido un disparo del Vietcong corrió en desbandada, presa del pánico.”

Al traducir un *phrasal verb* como “*shoot down*” nos encontramos que su significado tiene implícito que se dispara a algo y que este algo cae. La traducción más cercana en español sería “abatir” pero en este contexto no parecía acertado su uso (no se suele “abatir” una bandera) así que he omitido la traducción semántica completa ya que el contexto proporcionado por la frase anterior es suficiente para entenderla. En la misma frase tenemos la locución verbal “*broke up in panic*” que requiere también una transformación a los usos del español, para ello he utilizado combinadas dos colocaciones típicas del español, “correr en desbandada” y “presa del pánico”.

4.3. Aspecto pragmático (estilo)

a) Recreando el estilo de Michael Herr.

Michael Herr tiene un estilo propio a la hora de escribir que plantea dificultades a la hora de trasladarlo a otro idioma. El lenguaje no es recargado ni complejo, ni tiene un uso reiterado de recursos retóricos, es más bien directo y sencillo, más cercano al relato periodístico que a la novela (o al menos más cercano a la novela periodística inventada por Capote algunos años antes). Aun así, Herr tiene un estilo que se acerca mucho a la lengua oral, tanto en el uso de coloquialismos y argot como en la construcción de frases. En algunos casos, esta construcción de frases nos remite a la técnica de la “corriente de pensamiento” (*stream of consciousness*) con un uso no normativo de la puntuación.

Examinemos por ejemplo la siguiente frase de la primera página del capítulo:

TO: “*We took a huge collective nervous breakdown, it was the compression and heat of heavy contact generated out until every American in Vietnam got a taste.*”

Hay en esta frase un uso elástico de los verbos, el primero, “*take*”, se usa con una colocación extraña ya que cuando se habla de enfermedades no se suele utilizar “*take*” (un verbo que denota una acción por parte del sujeto) sino “*have*” (que denota la pasividad del mismo). Por otro lado, tenemos “*generated out*”, cuya colocación de la partícula “*out*” dentro de la frase hace de la misma algo anómalo, como si la frase fuera improvisándose a medida que se escribe. La frase podría escribirse de manera más normalizada con y sin la partícula (“... *generated out of the compression and heat of heavy contact*...” o “... *generated until every American in Vietnam had a taste*”) pero Herr mezcla las dos

posibilidades creando una frase en la que el lector nativo puede tener la sensación de que algo no está del todo bien en la construcción, pero sin saber exactamente de qué se trata (a menos que haga un análisis detenido).

Aquí, el traductor se encuentra otra vez en la eterna dicotomía entre fidelidad y naturalización. Fidelidad al estilo del original y naturalización del texto para crear una lectura fluida para el lector meta. Y la decisión es aquí especialmente ardua pues el texto, si se intenta seguir una técnica similar a la de Herr, puede resultar en que el lector perciba la frase como una “mala traducción”. Por ello, en mi traducción he naturalizado algunos elementos y a la vez he dotado a la frase de una estructura también algo “desnaturalizada”. He adaptado a un español más normalizado los dos verbos antes mencionados, pero lo he compensado dotando a la frase de una subdivisión algo atípica utilizando los signos de puntuación:

TM: “Todos sufrimos una enorme crisis nerviosa colectiva, era por la compresión y la adrenalina generada en los intensos contactos con el enemigo que todos los americanos en Vietnam acababan saboreando.”

Otra marca de estilo de Herr a lo largo del texto son las enumeraciones y su uso particular de conjunciones y signos de puntuación. Muchas veces, Herr utiliza la conjunción “and” de forma reiterada para enumeraciones en las que un uso de la coma resultaría más adecuado:

TM: “Between the smoke and the mist and the flying dust inside the citadel,...)

Una vez más, Herr utiliza estas técnicas como reproducción del lenguaje oral o la corriente de pensamiento. En la traducción he intentado emular ese estilo donde fuera posible. Por ejemplo, en la traducción de la frase anterior:

TO: “Entre el humo y la niebla y el polvo flotando dentro de la ciudadela,...”

En otros casos he rebajado el uso de la conjunción en una frase para que el resultado en castellano no fuera tan extraño:

TO: “... carrying .45s and grease guns and Swedish Ks, and no mob of hysterical vigilantes ever promised more bad news.”

TM: “... llevaban revólveres del 45, subfusiles M3 americanos y M/45 suecos y ninguna turba con antorchas y horcas prometía peores augurios.”

Aunque el estilo de Herr es muy directo no es ajeno al uso de imágenes retóricas. Generalmente en forma de símil, pero a veces utilizando metáforas como en el siguiente ejemplo:

TO: “*Our general’s chariot was on fire, he was taking on smoke and telling us such incredible stories of triumph and victory...*”

TM: “Nuestro general iba montado en un carro de fuego, tragándose su propio humo y contándonos historias tan increíbles de triunfo y victoria...”

Aquí tenemos una imagen que nos remite a un dios mitológico sobre un carro en llamas (¿Apolo?) para representar la soberbia e inconsciencia del oficial norteamericano respecto a la situación en Vietnam. A la hora de traducir he intentado hacer patente la misma imagen en el lector hispanohablante, por eso he huido de la traducción más literal que no funcionaba tan bien a la hora de transmitir la imagen. Un elemento en particular, el “humo”, hace también referencia a una acepción metafórica de la palabra (asociada a la locución que existe tanto en español como en castellano “cortina de humo) en la que se usa algo como elemento de distracción. A la hora de traducir esta parte de la frase la literalidad de la misma no funcionaba: “el general... ‘asumía’/‘aceptaba’ el humo” por lo que he transformado la frase intentando, eso sí, seguir con la misma intención de Herr, esto es, transmitir que dicho general asumía alegremente sus propias mentiras.

El uso de un estilo cercano a la oralidad también plantea problemas en cuanto a la relación que establece el autor con el lector. Ciertamente, Herr no pone mucha distancia entre él y el receptor de sus palabras, pero normalmente usa la primera y tercera persona de forma regular. Aun así, de manera puntual se dirige directamente al lector, como en el siguiente caso, donde utiliza una forma de imperativo:

TM: “... *and if the landscape seemed desolate, imagine how the figures in that landscape looked.*”

TO: “... y si la ciudad parecía desolada, imagínate el aspecto que tenían las figuras humanas sobre ese paisaje.”

Esto nos plantea el problema a la hora de traducir sobre si debemos elegir la segunda persona (tratamiento informal) o la tercera (más formal) ya que en el imperativo inglés el grado de formalidad no está implícito. A la hora de decidirme he reflexionado sobre el propio estilo del texto, cercano a la oralidad, y donde el propio Herr en su discurso utiliza

muchas expresiones coloquiales. Por ello me he decantado por el uso informal de la segunda persona, el cual puede sonar extraño dentro de una narración en tercera persona (sobre todo porque no es un recurso que se utilice mucho a lo largo del texto) pero creo que es la solución más coherente con el estilo del autor.

b) Diálogos y argot

Herr salpica el texto de expresiones provenientes del argot y expresiones populares de la época. La traducción de estas es especialmente difícil pues he pretendido mantener el equilibrio entre la comprensión del texto y una excesiva naturalización del mismo. En casos donde se utilizan palabras coloquiales o expresiones me he decidido por la naturalización de los mismos, intentando siempre utilizar un equivalente en español que tuviera la misma fuerza expresiva en castellano que el original. Es el caso particular de las expresiones relacionadas con la locura, que se repiten a lo largo del texto. Es el caso del verbo “*flipping out*” que he traducido por una expresión análoga en castellano:

TO: “*I saw friends flipping out almost complete...*”

TM: “Vi como a amigos míos se les iba completamente la olla...”

En otros casos nos encontramos con expresiones como “*go west*” en la siguiente frase:

TO: “*Everyone else in the truck had that wild haunted going-west look that said it was perfectly correct to be here where the fighting would be the worst...*”

TM: “Todos en el camión tenían esa mirada salvaje, turbada y completamente ida que quería decir que era totalmente normal estar ahí”

En este caso no tenemos una expresión análoga en castellano que funcione como adjetivo (como sucede en el original) así que he optado por una expresión que se le acerca, “estar ido”, y que también funciona como adjetivo.

En otros casos, el uso de determinadas expresiones conlleva cierto cambio gramatical en la frase, como en la siguiente:

TO: “*The major here is full of shit, and we both know it*”

TM: “...aquí el mayor se está montando una bola y ambos lo sabemos”

En otros casos tenemos que elegir entre varias posibilidades según el nivel de extranjerización o naturalización que queramos conseguir. Es el caso de la palabra

“*redneck*”, que es un término peyorativo para denominar a los blancos de clase baja del sur rural norteamericano. La palabra es medianamente conocida para el lector hispano que sea algo conocedor de la cultura norteamericana. Por ello se me planteaba la posibilidad de incluir el calco en la traducción (ya que he querido mantener cierto grado de extranjerización) pero finalmente me he decidido por una naturalización “paleta” que funciona igual de bien y puede ser entendida por cualquier lector hispano.

En algunos casos Herr utiliza argot propio del lenguaje periodístico, es el caso de la siguiente frase:

TO: “*A friend on the Times said he didn’t mind his nightmares so much as the waking impulse to file on them.*”

TM: “Un amigo del *Times* me dijo que no le importaban tanto las pesadillas como el impulso de levantarse y enviar una pieza a la redacción sobre ellas”

En este caso, un simple verbo y preposición “*file on*” nos remite a la acepción de “*file*” en inglés, que es redactar una noticia y enviarla a la redacción. Para poder transmitir la misma idea en castellano ha sido necesario una ampliación que describa toda la situación, ya que en castellano no existe un verbo o expresión que transmita todo el significado del verbo original inglés. En el siguiente caso vemos como Herr recorta expresiones periodísticas en un estilo coloquial:

TO: “*We were running some wounded on to the back of a half-ton truck, and one of the young Marines kept crying from his stretcher.*”

Aquí “*running*” es el acortamiento de “*running an interview*”, es decir hacer una entrevista. Una vez más, en la versión española he tenido que obviar el estilo escurridizo de Herr a la hora de utilizar argot y expresiones, y producir una traducción más neutra:

TM: “Estábamos haciendo entrevistas a algunos heridos en la parte de atrás de un camión ligero”

Para compensar la naturalización y neutralización de estos fragmentos, en otras partes del texto, donde parecía pertinente, he hecho creaciones propias a partir de la expresión coloquial inglesa del original:

TO: “*You got to bring some to get some*”

TM: “... quien no le echa huevos, no come tortilla”

La expresión original tiene un equivalente aproximado en español (“quien algo quiere algo le cuesta”) pero he considerado que no tenía la fuerza que requería la traducción y por ello he realizado una creación propia a partir de otra expresión coloquial del español (“echarle huevos”) para conseguir una expresión que funcione bien en el contexto.

Otro tema interesante respecto a esta traducción es la traducción de diálogos. A lo largo del texto (y de todo el libro), Herr reproduce con fidelidad las diferentes maneras de hablar de los soldados estadounidenses. Herr reproduce así, diferentes acentos de la geografía norteamericana y de las diferentes clases y culturas del país (el acento sureño, la manera de hablar de los afroamericanos). Esto es especialmente difícil de traducir pues las opciones nunca son del todo satisfactorias. Por un lado está la opción de naturalizar los diálogos utilizando una variedad dialectal del español. Esta técnica se utilizaba de manera habitual en el pasado y resultaba muchas veces en traducciones algo extrañas (en muchas de las cuales un acento o manera de hablar norteamericana se convertía increíblemente en un acento andaluz en su versión castellana.) Otras opciones serían la neutralización de los acentos y modismos o la creación de modismos *ad hoc*. Todas estas nunca funcionan del todo y por ello mi estrategia ha sido la utilización combinada de todas ellas. Por un lado, trasladar las palabras, expresiones y muletillas del argot de los soldados a un argot español que suene natural. Veamos un ejemplo de diálogo:

TO: “*Hey man! You want a story, man? Here man, write this: I’m up there on 881, this was May, I’m just up there walkin’ the ridgeline like a movie star and this zip jumps up smack into me, lays his AK-47 fucking right into me, only he’s so amazed at my cool I got my whole clip off ’fore he knew how to thank me for it. Grease one.*”

TM: “¡Eh! ¡tío!, ¿quieres una historia? Ahí la tienes tío, escribe esto: Ahí arriba, en la colina 881, esto era mayo, estaba yo paseando por un risco como una estrella de cine cuando ese ojos rasgados se me tira encima, me pone el AK-47 en la puta cara pero está tan flipao de lo tranqui que estoy que le puedo meter un cargador entero antes siquiera de que me pueda dar las putas gracias. Uno menos.”

En este caso he recurrido mucho a la naturalización de usos propios del argot norteamericano, como por ejemplo la muletilla “*man*”, que he traducido por su equivalente más cercano en español “tío” o construcciones como “*fucking right into me*” que he traducido por otra construcción del argot en español que es casi una colocación fija (“en la puta cara”). De todos modos, debido a que en muchas ocasiones no hay un

equivalente adecuado para un término o expresión del argot norteamericano he recurrido a una técnica combinada de omisión y compensación. Es decir, he omitido muchos rasgos del argot que Herr reproduce en los diálogos y a la vez he añadido rasgos propios del argot español en la traducción, en lugares donde el original no los tenía. Como ejemplo de omisiones tenemos la reproducción fonética de la forma de hablar coloquial que Herr intenta reproducir y que se reflejan mayoritariamente en las omisiones de letras a final (*walkin'*) y a principio de palabra (*'fore*) o cambios en la grafía correspondiendo con la pronunciación (“*a*” por “*of*” como en “...*one a these grunts*...”). Una posibilidad a la hora de traducir es reflejar esas omisiones que también se dan en la manera de hablar coloquial del español, pero he decidido no utilizar mucho esa opción pues naturalizaba, creo, demasiado el texto. Principalmente he utilizado la omisión de la *d* en la terminación -ado/ada, muy característica del habla coloquial castellana.

TO: “*Di, di, di, you sorry-ass motherfuckers, go on, get the hell away from here!*”

TM: “... putos desgraciaos! ¡venga, largaos de aquí hostia!”

TO: “C’mon, poor li’l baby, ’fore one a these grunt mothers shoots you,...”

TM: “Vamos enano, antes de que uno de estos soldaos hijosputa te pegue un tiro.”

La traducción del argot comprendía en mucho casos la traducción de sustantivos, generalmente insultos y palabras malsonantes (utilizando equivalentes del argot moderno español: joder, hostia, puta, puto...) pero en otros casos he utilizado construcciones gramaticales propias del argot, como por ejemplo el uso seguido de un pronombre reflexivo y personal (“... se me tira encima...”).

c) Referencias culturales.

Otro aspecto interesante del texto original es la cantidad de referencias culturales que lo salpican. Existen pues, referencias culturales específicamente norteamericanas que aluden a películas, grupos musicales y canciones, series de televisión y películas, así como otras referencias a la política y la sociedad de la época y otras referencias culturales más generales.

A la hora de traducir estas referencias el traductor se encuentra, una vez más, en una dicotomía entre la fidelidad a la referencia (y la subsiguiente oscuridad de la traducción)

y la naturalización u omisión para la comprensión del texto por parte del lector meta. A la hora de abordar la traducción he optado por una estrategia mixta, intentando siempre mantener la referencia cultural intacta, pero a la vez teniendo en cuenta la fluidez del texto. Un ejemplo de esto lo encontramos en el siguiente fragmento:

TO: “*By 2.30 each day Saigon looked like the final reel of On the Beach,...*”

TM: “Cada día sobre las dos y media, Saigón parecía salida de las últimas escenas de *El amanecer de los muertos...*”

La alusión es sobre una película de 1959 cuyo título en español fue “La hora final”. Se trata de una película postapocalíptica que muestra unos Estados Unidos desolados por los estragos de una hipotética Tercera Guerra Mundial. Herr utiliza la referencia para evocar en la mente del lector una imagen muy concreta de cómo era Saigón en aquella época. La referencia a una desconocida película de los años cincuenta hace que la imagen pase probablemente desapercibida para el lector actual. El traductor se encuentra entonces con la antes mencionada dicotomía, ¿dejamos la referencia tal cual y confiamos en el bagaje cultural o la curiosidad del lector o la naturalizamos para que no se pierda la intención del autor? Esta decisión no es, como muchos afirman, un posicionamiento entre la fidelidad al autor o al lector, si no entre la fidelidad a las palabras del autor o a su intención. En mi traducción me he decantado por esta última opción, universalizando un poco la referencia para que un lector actual pueda entenderla y, por lo tanto, ser más fiel a la intención del autor que al texto en si mismo. He usado para ello una película de zombis estrenada en 1978, “El amanecer de los muertos”, que puede ser más conocida para el lector actual y que, además, aunque el lector no conozca la película, el mismo título puede evocar en él la imagen que pretendía Herr en su imaginación (las calles desoladas y desiertas de una ciudad) por su relación con un género, el de películas de zombis, muy presente en la cultura popular (y que ha experimentado además un renacimiento en los últimos años).

En otros casos he utilizado la ampliación para explicitar alguna referencia cultural como es el caso de la siguiente frase:

TO: “The crowds on Tu Do Street looked like Ensor processioners,...”

TM: “La muchedumbre en la calle *Tut Do* se parecía a los penitentes de un cuadro de Ensor,...”

Aquí se hace referencia al pintor belga James Ensor, famoso por sus pinturas de temática religiosa con una representación grotesca de la figura humana. Al ser el pintor

poco conocido he creído necesario dar un poco de información extra al lector añadiendo “de un cuadro” para explicitar que estamos hablando de un pintor. Esta información ayuda a la fluidez del texto y considero que no es una intromisión muy remarcable en el mismo.

En otros casos la referencia es clara y hace referencia a un término probablemente conocido para el lector como es esta referencia a la obra de Lewis Carroll:

TO: “*The Mission Council joined hands and passed together through the Looking Glass.*”

TM: “Los miembros del Consejo de la Misión se cogieron de la mano y cruzaron juntos a través del espejo.”

Esta referencia a la secuela de “Alicia en el país de las maravillas”, titulada *Through the Looking-Glass, and What Alice Found There* (en español “Alicia a través del espejo”) en la que Alicia accede al mundo de fantasía a través de un espejo. Herr utiliza con ironía la referencia aludiendo a la actuación del mando militar en Vietnam y su visión irreal de la situación. El único problema a este respecto es que Herr utiliza mayúsculas para evidenciar la referencia al libro, pero en castellano no me parece una estrategia adecuada ya que en castellano los sustantivos de los títulos no van en mayúsculas. Por ello he preferido utilizar la cursiva para mantener el énfasis del original.

Otro caso interesante en el que ha sido necesaria la universalización limitada es cuando Herr cita las inscripciones en las ropas y cascos de los marines. Una de ellas reza “*Mickey’s monkey*”. Aquí se hace referencia a una canción de *rhythm and blues* de 1963 del grupo *the Miracles*. La canción era un poco oscura y por ello la he cambiado por una referencia a una canción más conocida, el *Wild Thing* del grupo Steppenwolf de 1965. Además, al ser tan conocida la he dejado en inglés ya que su significado es probablemente transparente para el lector español actual.

Otra de estas frases que me ha resultado difícil de traducir es SHORT TIME SAFETY MOE. Principalmente porque he obtenido dos posibles significados del mismo. Por un lado, tenemos la idea de “*short time*”, que es un término acuñado por el ejército durante la guerra de Vietnam para designar a los soldados que estaban a punto de acabar su servicio (llamados “*short-timers*”) y por otro lado tenemos que “*short time*” es un término coloquial para denominar un coito rápido con una prostituta. Ambas acepciones funcionan para la frase a traducir, en el primer caso tendríamos un soldado que quiere pasar sus últimos momentos en Vietnam a salvo y por otro lado tenemos a ese mismo

soldado que practica sexo seguro con prostitutas. Al final, siendo las dos opciones igual de probables me he decantado por la segunda. Como la traducción lingüística literal no funcionaba a la hora de transmitir la idea he tenido que crear una frase que dé a entender la idea subyacente en la misma, MOE SEXO SEGURO.

Bibliografía

- Ahonen, Aleksi Anton. 2013. *The Brutal Truth: Reporting the Experience of War en Michael Herr's Dispatches. English*. Tesis de master. University of Eastern Finland.
- Caparrós Lera, José María. 1998. *La guerra de Vietnam, entre la historia y el cine*. Barcelona: Ariel Editorial.
- De Belle, Jennifer. 2016. *La transferencia de las referencias culturales en la traducción neerlandesa de Canciones para Paula*. Tesis de master. Faculteit Letteren & Wijsbegeerte.
- Gill, Paul (ed.). 2009. *Translation in practice : a symposium*. Londres: Champaign: Dalkey Archive Press.
- Herr, Michael. 2001. *Despachos de guerra*. [orig. *Dispatches*] Traducido por Ángela Pérez y J.M. Álvarez Flórez. Barcelona: Anagrama,
- . *Dispatches*. 2015. Londres: Picador Classic.
- Murphy, James E. "The New Journalism: a Critical Perspective." *Journalism Monograph*, 34 (1974). Association for Education in Journalism)
- Naranjo, Antonio Cuartero. 2017. "The concept of the New Journalism and its adaptation to narrative journalism in Spain". *Doxa Comunicación: revista interdisciplinar de estudios de comunicación y ciencias sociales* 25: 43-62
- Rocha, Luis Carlos. 2013. "The Tet Offensive and the battle of Khe Sanh as watershed of the Vietnam War." *Aletria: Revista de estudios de literatura* 23, nº2: 65-76.
- Ruiz Raúl, Cecilia, y Juan Ramón Guijarro Ojeda. 2005. "Análisis contrastivo inglés-español: morfología, funcionalidad y semántica del imperfecto y del pretérito para estudiantes de español lengua extranjera." *Revista Red Ele, Red Electrónica de didáctica del español como lengua extranjera* 4. 2 de julio de 2018. <https://www.mecd.gob.es/dam/jcr:deff8127-ab8b-4eca-addb-08f090ef26c7/2005-redele-4-14ruiz-guijarro-pdf.pdf>
- Saliba, Keith. 2005. "Hayes, Herr and Sack: Esquire Goes to Vietnam." *Journal of Magazine and New Media Research* 9, No 2: 1-19

Sonntag, Susan. 2003. "El mundo como la India." *Letras libres* 59: 45-56.

Strong Cincotta, Madeleine. "Literary Translation: A Personal Perspective." (Conference on Interpreting and Translation. Sidney, 1995)

Vidal Claramonte, María del Carmen África. 2013. "De las impurezas de la traducción". En *Translating Culture*, de Emilio Ortega Arjonilla (ed.). Granada: Comares: 31-42

Anexos

A I: Texto original

A II: Traducción

A I: Texto original

HELL SUCKS

During the first five weeks of the Tet Offensive the curfew began early in the afternoon and was strictly enforced. By 2.30 each day Saigon looked like the final reel of *On the Beach*, a desolate city whose long avenues held nothing but refuse, windblown papers, small distinct piles of human excrement and the dead flowers and spent firecracker casings of the Lunar New Year. Alive, Saigon had been depressing enough, but during the Offensive it became so stark that, in an odd way, it was invigorating. The trees along the main streets looked like they'd been struck by lightning, and it became unusually, uncomfortably cold, one more piece of freak luck in a place where nothing was in its season. With so much filth growing in so many streets and alleys, an epidemic of plague was feared, and if there was ever a place that suggested plague, demanded it, it was Saigon in the Emergency. American civilians, engineers and construction workers who were making it here like they'd never made it at home began forming into large armed bands, carrying .45s and grease guns and Swedish Ks, and no mob of hysterical vigilantes ever promised more bad news. You'd see them at ten in the morning on the terrace of the Continental waiting for the bar to open, barely able to light their own cigarettes until it did. The crowds on Tu Do Street looked like Ensor processioners, and there was a corruption in the air that had nothing to do with government workers on the take. After seven in the evening, when the curfew included Americans and became total, nothing but White Mice patrols and MP jeeps moved in the streets, except for a few young children who raced up and down over the rubbish, running newspaper kites up into the chilling wind.

*

We took a huge collective nervous breakdown, it was the compression and heat of heavy contact generated out until every American in Vietnam got a taste. Vietnam was a dark room full of deadly objects, the VC were everywhere all at once like spider cancer, and instead of losing the war in little pieces over years we lost it fast in under a week. After that, we were like the character in pop-grunt mythology, dead but too dumb to lie down.

Our worst dread of yellow peril became realized; we saw them now dying by the thousands all over the country, yet they didn't seem depleted, let alone exhausted, as the Mission was claiming by the fourth day. We took space back quickly, expensively, with total panic and close to maximum brutality. Our machine was devastating. And versatile. It could do everything but stop. As one American major said, in a successful attempt at attaining history, 'We had to destroy Ben Tre in order to save it.' That's how most of the country came back under what we called control, and how it remained essentially occupied by the Viet Cong and the North until the day years later when there were none of us left there.

The Mission Council joined hands and passed together through the Looking Glass. Our general's chariot was on fire, he was taking on smoke and telling us such incredible stories of triumph and victory that a few high-level Americans had to ask him to just cool it and let them do the talking. A British correspondent compared the Mission posture to the captain of the Titanic announcing, 'There's no cause for alarm, we're only stopping briefly to take on a little ice.'

By the time I got back to Saigon on the fourth day a lot of information from around the country had settled, and it was bad, even after you picked out the threads of rumour: like the one about the 'Caucasians', obviously Americans, fighting for the VC, or the one about thousands of NVA executions in Hue and the 'shallow graves' in the flats outside the city, both of which proved true. Almost as much as the grunts and the Vietnamese, Tet was pushing correspondents closer to the wall than they'd ever wanted to go. I realized later that, however childish I might remain, actual youth had been pressed out of me in just the three days that it took me to cross the sixty miles between Can Tho and Saigon. In Saigon, I saw friends flipping out almost complete; a few left, some took to their beds for days with the exhaustion of deep depression. I went the other way, hyper and agitated, until I was only doing three hours of sleep a night. A friend on the Times said he didn't mind his nightmares so much as the waking impulse to file on them. An old-timer who'd covered war since the thirties heard us pissing and moaning about how terrible it was and he snorted, 'Ha, I love you guys. You guys are beautiful. What the fuck did you think it was?' We thought it was already past the cut-off point where every war

is just like every other war; if we knew how rough it was going to get, we might have felt better. After a few days the air routes opened again, and we went up to Hue.

*

Going in, there were sixty of us packed into a deuce-and-a-half, one of eight trucks moving in convoy from Phu Bai, bringing in over 300 replacements for the casualties taken in the earliest fighting south of the Perfume River. There had been a harsh, dark storm going on for days, and it turned the convoy route into a mudbed. It was terribly cold in the trucks, and the road was covered with leaves that had either been blown off the trees by the storm or torn away by our artillery, which had been heavy all along the road. Many of the houses had been completely collapsed, and not one had been left without pitting from shell fragments. Hundreds of refugees held to the side of the road as we passed, many of them wounded. The kids would laugh and shout, the old would look on with that silent tolerance for misery that made so many Americans uneasy, which was usually misread as indifference. But the younger men and women would often look at us with unmistakable contempt, pulling their cheering children back from the trucks.

We sat there trying to keep it up for each other, grinning at the bad weather and the discomfort, sharing the first fear, glad that we weren't riding point or closing the rear. They had been hitting our trucks regularly, and a lot of the convoys had been turned back. The houses that we passed so slowly made good cover for snipers, and one B-40 rocket could have made casualties out of a whole truckload of us. All the grunts were whistling, and no two were whistling the same tune, it sounded like a locker room before a game that nobody wanted to play. Or almost nobody. There was a black Marine called Philly Dog who'd been a gang lord in Philadelphia and who was looking forward to some street fighting after six months in the jungle, he could show the kickers what he could do with some city ground. (In Hue he turned out to be incredibly valuable. I saw him pouring out about a hundred rounds of .30-calibre fire into a breach in the wall, laughing, 'You got to bring some to get some'; he seemed to be about the only man in Delta Company who hadn't been hurt yet.) And there was a Marine correspondent, Sergeant Dale Dye, who

sat with a tall yellow flower sticking out of his helmet cover, a really outstanding target. He was rolling his eyes around and saying, 'Oh, yes, oh yes, Charlie's got his shit together here, this will be bad,' and smiling happily. It was the same smile I saw a week later when a sniper's bullet tore up a wall two inches above his head, odd cause for amusement in anyone but a grunt.

Everyone else in the truck had that wild haunted going-west look that said it was perfectly correct to be here where the fighting would be the worst, where you wouldn't have half of what you needed, where it was colder than Nam ever got. On their helmets and flak jackets they'd written the names of old operations, of girlfriends, their war names (FAR FROM FEARLESS, MICKEY'S MONKEY, AVENGER V, SHORT TIME SAFETY MOE), their fantasies (BORN TO LOSE, BORN TO RAISE HELL, BORN TO KILL, BORN TO DIE), their ongoing information (HELL SUCKS, TIME IS ON MY SIDE, JUST YOU AND ME GOD – RIGHT?). One kid called to me, 'Hey man! You want a story, man? Here man, write this: I'm up there on 881, this was May, I'm just up there walkin' the ridgeline like a movie star and this zip jumps up smack into me, lays his AK-47 fucking right into me, only he's so amazed at my cool I got my whole clip off 'fore he knew how to thank me for it. Grease one.' After twenty kilometres of this, in spite of the black roiling sky ahead, we could see smoke coming up from the far side of the river, from the citadel of Hue.

The bridge was down that spanned the canal dividing the village of An Cuu and the southern sector of Hue, blown the night before by the Viet Cong, and the forward area beyond far bank wasn't thought to be secure, so we bivouacked in the village for the night. It had been completely deserted, and we set ourselves up in the empty hootches, laying our poncho liners out over broken glass and shattered brick. At dusk, while we all stretched out along the canal bank eating dinner, two Marine gunships came down on us and began strafing us, sending burning tracers up along the canal, and we ran for cover, more surprised than scared. 'Way to go, motherfucker, way to pinpoint the fuckin' enemy,' one of the grunts said, and he set up his M-60 machine gun in case they came back. 'I don't guess we got to take that shit,' he said. Patrols were sent out, guards posted,

and we went into the hootches to sleep. For some reason, we weren't even mortared that night.

In the morning we crossed the canal on a two-by-four and started walking in until we came across the first of the hundreds of civilian dead that we were to see in the next weeks: an old man arched over his straw hat and a little girl who'd been hit while riding her bicycle, lying there with her arm up like a reproach. They'd been lying out like that for a week, for the first time we were grateful for the cold.

Along the Perfume River's south bank there is a long, graceful park that separates Hue's most pleasant avenue, Le Loi, from the river front. People will talk about how they'd sit out there in the sun and watch the sampans moving down the river, or watch the girls bicycling up Le Loi, past the villas of officials and the French-architected university buildings. Many of those villas had been destroyed and much of the university permanently damaged. In the middle of the street a couple of ambulances from the German Mission had been blown up, and the Cercle Sportif was covered with bullet holes and shrapnel. The rain had brought up the green, it stretched out cased in thick white fog. In the park itself, four fat green dead lay sprawled round a tall, ornate cage, inside of which sat a small, shivering monkey. One of the correspondents along stepped over the corpses to feed it some fruit. (Days later, I came back to the spot. The corpses were gone, but so was the monkey. There had been so many refugees and so little food then, and someone must have eaten him.) The Marines of 2/5 had secured almost all of the central south bank and were now fanning out to the west, fighting and clearing one of the major canals. We were waiting for some decision on whether or not US Marines would be going into the citadel itself, but no one had any doubts about what that decision would be. We sat there taking in the dread by watching the columns of smoke across the river, receiving occasional sniper rounds, infrequent bursts of .50-calibre, watching the Navy LCUs on the river getting shelled from the wall. One Marine next to me was saying that it was just a damned shame, all them poor people, all them nice-looking houses, they even had a Shell station there. He was looking at the black napalm blasts and the wreckage along the wall. 'Looks like the Imperial City's had the schnitz,' he said.

*

The courtyard of the American compound in Hue was filled with puddles from the rain, and the canvas tops of the jeeps and trucks sagged with the weight of the water. It was the fifth day of the fighting, and everyone was still amazed that the NVA or the Cong had not hit the compound on the first night. An enormous white goose had come into the compound that night, and now his wings were heavy with the oil that had formed on the surface of the puddles. Every time a vehicle entered the yard he would beat his wings in a fury and scream, but he never left the compound and, as far as I knew, no one ever ate him.

Nearly 200 of us were sleeping in the two small rooms that had been the compound's dining quarters. The Army was not happy about having to billet so many of the Marines that were coming through, and they were absolutely furious about all the correspondents who were hanging around now, waiting until the fighting moved north across the river, into the citadel. You were lucky to find space enough on the floor to lie down on, luckier if you found an empty stretcher to sleep on, and luckiest of all if the stretcher was new. All night long the few unbroken windows would rattle from the airstrikes across the river and a mortar pit just outside fired incessantly. At two to three in the morning, Marines would come in from their patrols. They'd cross the room, not much caring whether they stepped on anyone or not. They'd turn their radios on and shout across the room to one another. 'Really, can't you fellows show a bit more consideration?' a British correspondent said, and their laughter woke anyone who was not already up.

One morning there was a fire in the prison camp across the road from the compound. We saw the black smoke rising over the barbed wire that topped the camp wall and heard automatic weapons fire. The prison was full of captured NVA and Viet Cong or Viet Cong suspects, the guards said that they'd started the fire to cover an escape. The ARVN and a few Americans were shooting blindly into the flames, and the bodies were burning where they fell. Civilian dead lay out on the sidewalks only a block from the compound, and the park by the river was littered with dead. It was cold and the sun never came out

once, but the rain did things to the corpses that were worse in their way than anything the sun could have done. It was on one of those days that I realized that the only corpse I couldn't bear to look at would be the one I would never have to see.

*

It stayed cold and dark like that for the next ten days, and that damp gloom was the background for all the footage that we took out of the citadel. What little sunlight there was caught the heavy motes of dust that blew up from the wreckage of the east wall, held it until everything you saw was filtered through it. And you saw things from unaccustomed angles, quick looks from a running crouch, or up from flat out, hearing the hard dry rattle of shrapnel scudding against the debris around you. With all that dust blowing around, the acrid smell of cordite would hang in the air for a long time after firefights, and there was the CS gas that we'd fired at the NVA blowing back in over our positions. It was impossible to get a clean breath with all of that happening, and there was that other smell too that came up from the shattered heaps of stone wherever an airstrike had come in. It held to the lining of your nostrils and worked itself into the weave of your fatigues, and weeks later, miles away, you'd wake up at night and it would be in the room with you. The NVA had dug themselves so deeply into the wall that airstrikes had to open it metre by metre, dropping napalm as close as a hundred metres from our positions. Up on the highest point of the wall, on what had once been a tower, I looked across the citadel's moat and saw the NVA moving quickly across the rubble of the opposing wall. We were close enough to be able to see their faces. A rifle went off a few feet to my right, and one of the running figures jerked back and dropped. A Marine sniper leaned out from his cover and grinned at me.

Between the smoke and the mist and the flying dust inside the citadel, it was hard to call that hour between light and darkness a true dusk, but it was the time when most of us would open our C rations. We were only metres away from the worst of the fighting, no more than a Vietnamese city block in distance, and yet civilians kept appearing, smiling, shrugging, trying to get back to their homes. The Marines would try to menace them away

at rifle point, shouting, 'Di, di, di, you sorry-ass motherfuckers, go on, get the hell away from here!' and the refugees would smile, half bowing, and flit up one of the shattered streets. A little boy of about ten came up to a bunch of Marines from Charlie Company. He was laughing and moving his head from side to side in a funny way. The fierceness in his eyes should have told everyone what it was, but it had never occurred to most of the grunts that a Vietnamese child could be driven mad too, and by the time they understood it the boy had begun to go for their eyes and tear at their fatigues, spooking everyone, putting everyone really uptight, until a black grunt grabbed him from behind and held his arm. 'C'mon, poor li'l baby, 'fore one a these grunt mothers shoots you,' he said, and carried the boy to where the corpsmen were.

On the worst days, no one expected to get through it alive. A despair set in among members of the battalion that the older ones, the veterans of two other wars, had never seen before. Once or twice, when the men from Graves Registration took the personal effects from the packs and pockets of dead Marines, they found letters from home that had been delivered days before and were still unopened.

We were running some wounded on to the back of a half-ton truck, and one of the young Marines kept crying from his stretcher. His sergeant held both of his hands, and the Marine kept saying, 'Shit, Sarge, I ain' gone make it. Oh damn, I'm gone die, ain't I?' 'No you ain't gonna die, for Christ's sake,' the sergeant said. 'You ain't hurt that bad. I want you to just shut the fuck up. You ain't done a thing except bitch ever since we got to this fucking Hue City.' But the sergeant didn't really know. The kid had been hit in the throat, and you couldn't tell about those. Throat wounds were bad. Everyone was afraid of throat wounds.

We lucked out on our connections. At the battalion aid station we got a chopper that carried us and a dozen dead Marines to the base at Phu Bai, and three minutes after we landed there we caught a C-130 to Danang. Hitching in from the airfield, we found a Psyops officer who felt sorry for us and drove us all the way to the press centre. As we

came in the gate we could see that the net was up and the daily volleyball game between the Marines assigned to the press centre was on.

‘Where the hell have you guys been?’ one of them asked. We looked pretty fucked up.

The inside of the dining room was freezing with air-conditioning. I sat at a table and ordered a hamburger and a brandy from one of the peasant girls who waited tables. I sat there for a couple of hours and ordered four more hamburgers and at least a dozen brandies. It wasn’t possible, just not possible, to have been where we’d been before and to be where we were now, all in the same afternoon. One of the correspondents who had come back with me sat at another table, also by himself, and we looked at each other, shook our heads and laughed. I went to my room and took my boots and fatigues off and got into the shower. The water was incredibly hot, for a moment I thought I’d gone insane from it, and I sat down on the concrete floor for a long time, shaving there, soaping myself over and over. I dressed and went back to the dining room. The net was down now, one of the Marines said hello and asked me if I knew what the movie was going to be that night. I ordered a steak and another long string of brandies. When I left the correspondent was still sitting alone. I got into bed and smoked a joint. I was going back in the morning, it was understood, but why was it understood? All of my stuff was in order, ready for the five-o’clock wake-up. I finished the joint and shuddered off into sleep.

*

By the end of the week the wall had cost the Marines roughly one casualty for every metre taken, a quarter of them KIA. 1/5, which came to be known as the Citadel Battalion, had been through every tough battle the Marines had had in the past six months, they’d even fought the same NVA units a few weeks before between Hai Vanh Pass and Phu Loc, and now three of its companies were below platoon strength. They all knew how bad it was, the novelty of fighting in a city had become a nasty joke, everyone wanted to get wounded.

At night in the CP, the major who commanded the battalion would sit reading his maps, staring vacantly at the trapezoid of the citadel. It could have been a scene in a Normandy farmhouse twenty-five years earlier, with candles burning on the tables, bottles of red wine arranged along damaged shelves, the chill in the room, the high ceilings, the heavy ornate cross on the wall. The major had not slept for five nights, and for the fifth night in a row he assured us that tomorrow would get it for sure, the final stretch of wall would be taken and he had all the Marines he needed to do it. And one of his aides, a tough mustang first lieutenant, would pitch a hard, ironic smile above the major's stare, a smile that rejected good news, it was like hearing him say, 'The major here is full of shit, and we both know it.'

Sometimes a company would find itself completely cut off, and it would take hours for the Marines to get their wounded out. I remember one Marine with a head wound who finally made it to the Battalion CP when the jeep he was in stalled. He jumped out and started to push, knowing it was the only way out of there. Most of the tanks and trucks that carried casualties had to move up a long straight road without cover, and they began calling it Rocket Alley. Every tank the Marines had there had been hit at least once. An epiphany of Hue appeared in John Olson's great photograph for Life, the wounded from Delta Company hurriedly piled on a tank. Sometimes, on the way to the aid station the more seriously wounded would take on that bad colour, the grey-blue fishbelly promise of death that would spread upward from the chest and cover the face. There was one Marine who had been shot through the neck, and all the way out the corpsmen massaged his chest. By the time they reached the station, though, he was so bad that the doctor triaged him, passed him over to treat the ones that he knew could still be saved, and when they put him into the green rubber body bag there was some chance that he was clinically alive. The doctor had never had to make choices like that before, and he wasn't getting used to it. During the lulls he'd step outside for some air, but it was no better out there. The bodies were stacked together and there was always a crowd of ARVN standing around staring, death-enthralled like all Vietnamese. Since they didn't know what else to do, and not knowing what it would look like to the Marines, they would smile at the bodies there, and a couple of ugly incidents occurred. The Marines who worked the body detail were overloaded and crushed and became snappish, ripping packs off of corpses angrily, cutting gear away with bayonets, heaving bodies into the green bags. One of the

dead Marines had gone stiff and they had trouble getting him to fit. 'Damn,' one of them said, 'this fucker had big feet. Didn't this fucker have big feet?' as he finally forced the legs inside. In the station there was the youngest-looking Marine I'd ever seen. He'd been caught in the knee by a large piece of shrapnel, and he had no idea of what they'd do with him now that he was wounded. He lay out on the stretcher while the doctor explained how he would be choppered back to Phu Bai hospital and then put on a plane for Danang and then flown back to the States for what would certainly be the rest of his tour. At first the boy was sure that the doctor was kidding him, then he started to believe it, and then he knew it was true, he was actually getting out, he couldn't stop smiling, and enormous tears ran down into his ears.

It was at this point that I began to recognize almost every casualty, remember conversations we'd had days or even hours earlier, and that's when I left, riding a medevac with a lieutenant who was covered with blood-soaked bandages. He'd been hit in both legs, both arms, the chest and head, his ears and eyes were full of caked blood, and he asked a photographer in the chopper to get a picture of him like this to send to his wife.

But by then the battle for Hue was almost over. The Cav was working the north-west corner of the citadel, and elements of the 101st had come in through what had formerly been an NVA re-supply route. (In five days these outfits lost as many men as the Marines had in three weeks.) Vietnamese Marines and some of the 1st ARVN Division had been moving the remaining NVA down towards the wall. The NVA flag that had flown for so long over the south wall had been cut down, and in its place an American flag had been put up. Two days later the Hoc Bao, Vietnamese Rangers, stormed through the walls of the Imperial Palace, but there were no NVA left inside. Except for a few bodies in the moat, most of their dead had been buried. When they'd first come into Hue the NVA had sat at banquets given for them by the people. Before they left, they'd skimmed all the edible vegetation from the surface of the moat. Seventy per cent of Vietnam's once lovely city was destroyed, and if the landscape seemed desolate, imagine how the figures in that landscape looked.

There were two official ceremonies marking the expulsion of the NVA, both flag-raising. On the south bank of the Perfume River, 200 refugees from one of the camps were recruited to stand, sullen and silent in the rain, and watch the GVN flag being run up. But the rope snapped, and the crowd, thinking the VC had shot it down, broke up in panic. (There was no rain in the stories that the Saigon papers ran, no trouble with the rope, and the cheering crowd numbered thousands.) As for the other ceremony, the citadel was thought by most people to be insecure, and when the flag finally went up there was no one to watch it except for a handful of Vietnamese troops.

*

Major Trong bounced around in the seat of his jeep as it drove us over the debris scattered across the streets of Hue. His face seemed completely expressionless as we passed the crowds of Vietnamese stumbling over the fallen beams and powdered brick of their homes, but his eyes were covered by dark glasses and it was impossible to know what he was feeling. He didn't look like a victor, he was so small and limp in his seat I was afraid he was going to fly out of the jeep. His driver was a sergeant named Dang, one of the biggest Vietnamese I'd ever seen, and his English was better than the major's. The jeep would stall on rubble heaps from time to time, and Dang would turn to us and smile an apology. We were on our way to the Imperial Palace.

A month earlier the palace grounds had been covered with dozens of dead NVA and the burned-over leavings of three weeks' siege and defence. There had been some reluctance about bombing the palace, but a lot of the bombing nearby had done heavy damage, and there had been some shelling, too. The large bronze urns were dented beyond restoring, and the rain poured through a hole in the roof of the throne room, soaking the two small thrones where the old Annamese royalty had sat. In the great hall (great once you'd scaled it to the Vietnamese) the red lacquer work on the upper walls was badly chipped, and a heavy dust covered everything. The crown of the main gate had collapsed, and in the garden the broken branches of the old cay-dai trees lay like the forms of giant insects seared in a fire, wispy, delicate, dead. It was rumoured during those days that the palace

was being held by a unit of student volunteers who had taken the invasion of Hue as a sign and had rushed to join the North Vietnamese. (Another rumour of those days, the one about some 5,000 'shallow graves' outside the city, containing the bodies from NVA executions, had just now been shown to be true.)

But once the walls had been taken and the grounds entered, there was no one left inside except for the dead. They bobbed in the moat and littered all the approaches. The Marines moved in then, and empty ration cans and muddied sheets from the Stars and Stripes were added to the litter. A fat Marine had been photographed pissing into the locked-open mouth of a decomposing North Vietnamese soldier.

'No good,' Major Trong said. 'No good. Fight here very hard, very bad.'

I'd been talking to Sergeant Dang about the palace and about the line of emperors. When we stalled one last time at the foot of a moat bridge, I'd been asking him the name of the last emperor to occupy the throne. He smiled and shrugged, not so much as if he didn't know, more like it didn't matter.

'Major Trong is emperor now,' he said, and gunned the jeep into the palace grounds.

A II: Traducción.

EL INFIERNO DA ASCO

Durante las primeras cinco semanas de la Ofensiva del Tet, el toque de queda empezaba al principio de la tarde y se hacía cumplir estrictamente. Cada día sobre las dos y media, Saigón parecía salida de las últimas escenas de *El amanecer de los muertos*, una ciudad desolada en cuyas largas avenidas no había otra cosa que basura, papeles arrastrados por el viento, pequeñas y llamativas pilas de excrementos humanos y las flores marchitas y envoltorios de fuegos artificiales usados en la fiesta del año nuevo lunar. Cuando la ciudad estaba viva ya era bastante depresiva, pero durante la ofensiva del Tet se volvió tan inhóspita que, de una manera extraña, era incluso revigorizante. A los árboles de las calles principales parecía que les había caído un rayo y había empezado a hacer un frío inusual, incómodo. La suerte era un bicho raro en ese lugar donde nada se correspondía con su estación. Con tanta suciedad creciendo en tantas calles y callejones se temía el estallido de algún tipo de epidemia, y si había algún sitio que sugiriese plagas, que las pidiera a gritos, era Saigón en estado de emergencia. Civiles americanos, ingenieros y trabajadores de la construcción, que se comportaban aquí como nunca lo harían en casa, empezaron a formar grupos armados; llevaban revólveres del 45, subfusiles M3 americanos y M/45 suecos y ninguna turba con antorchas y horcas prometía peores augurios. Los podías ver a las diez de la mañana en la terraza del Continental, con el bar todavía cerrado, esperando, casi sin poder encenderse un cigarrillo hasta que les sirvieran. La muchedumbre en la calle *Tut Do* se parecía a los penitentes de un cuadro de Ensor, y había una corrupción en el ambiente que nada tenía que ver con los funcionarios esperando su soborno. A partir de las siete de la tarde, cuando el toque de queda incluía a los americanos y era total, nada se movía en las calles excepto los ratones blancos, la policía vietnamita, y los jeeps de la policía militar. La única excepción eran grupos de niños que correteaban por las calles llenas de basura, volando cometas hechas de periódicos en el viento frío.

Todos sufrimos una enorme crisis nerviosa colectiva, era por la compresión y la adrenalina, generada en los intensos contactos con el enemigo que todos los americanos en Vietnam acababan saboreando. Vietnam era una habitación a oscuras llena de objetos mortales, el Vietcong estaba en todas partes, como las ramificaciones de un cáncer. Y en

vez de perder la guerra trozo a trozo, a lo largo de los años, la perdimos de un plumazo en menos de una semana.

Después de eso, éramos como aquel personaje mitológico de la cultura-pop de los soldados: muerto, pero demasiado estúpido para caerse. Nuestro peor miedo al peligro amarillo se hizo realidad; los veíamos morir a miles por todo el país y aun así no parecían disminuir, ni mucho menos agotarse, como afirmó *la Misión* al cuarto día. Recuperamos terreno rápidamente, a un alto coste, en estado de pánico total y casi con la brutalidad máxima. Nuestra maquinaria era devastadora. Y versátil. Era capaz de todo excepto detenerse. Como dijo un mayor americano intentado pasar a la historia: “tenemos que destruir *Ben Tre* para poder salvarla”. Así fue como la mayor parte del país volvió a lo que llamábamos “estar bajo control” y como, en realidad, permaneció ocupado por el Vietcong y los ejércitos del norte hasta la época, años más tarde, en que ya no quedaba ninguno de nosotros.

Los miembros del Consejo de la Misión se cogieron de la mano y cruzaron juntos *a través del espejo*. Nuestro general iba montado en un carro de fuego, tragándose su propio humo y contándonos unas historias tan increíbles de triunfo y victoria que algunos de los pocos funcionarios de alto nivel presentes tuvieron que pedirle que se calmara y que les dejara hablar a ellos. Un corresponsal británico comparó la postura de la Misión con el capitán del *Titanic* anunciando: “No hay porque alarmarse, solo hacemos una pequeña parada para coger hielo”.

Para cuando regresé a Saigón al cuarto día, muchas noticias provenientes de todo el país se habían asentado, y eran malas, incluso aunque hubieras quitado la paja y los rumores. Como aquel de los “caucásicos” (obviamente americanos) luchando con el Vietcong, o el de las miles de ejecuciones del NVA, el ejército norvietnamita, en *Hue* y las fosas comunes en las llanuras fuera de la ciudad. Ambos resultaron ser ciertos. Casi tanto como a soldados y a vietnamitas, el Tet estaba poniendo a los corresponsales entre la espada y la pared, mucho más de lo que estos habrían querido. Me di cuenta de que, a pesar de lo ingenuo que aún era, solo los tres días que me llevó cruzar los cien kilómetros entre *Can Tho* y Saigón habían exprimido mi verdadera juventud. Vi como a amigos míos se les iba completamente la olla; unos cuantos se fueron, otros se metieron en la cama durante días, exhaustos y profundamente deprimidos. Yo me volví todo lo contrario, hiperactivo y nervioso hasta que solo dormía tres horas por las noches. Un amigo del *Times* me dijo

que no le importaban tanto las pesadillas como el impulso de levantarse y enviar una pieza a la redacción sobre ellas. Un veterano que había cubierto la guerra desde los años treinta nos escuchó lloriquear y cagarnos en lo horrible que era todo y soltó un gruñido. —Ja, me encantáis tíos. Sois preciosos. ¿Pero qué coño os creíais que era? — Nosotros creíamos que ya habíamos pasado el límite donde todas las guerras eran exactamente iguales a todas las demás; si hubiéramos sabido como se iba a poner de feo quizás nos habríamos sentido mejor. Un par de días después se reabrieron las rutas aéreas y subimos hasta *Hue*.

Al entrar en Hue, éramos seis periodistas apretados en un camión pesado, uno de los ocho camiones que iban en convoy desde Phu Bai trayendo 300 reemplazos para las bajas producidas en los primeros combates al sur del río Perfume. Durante días había arreciado una cruda y oscura tormenta convirtiendo la ruta en una piscina de barro. Hacía mucho frío en los camiones y el camino estaba cubierto de hojas traídas por el viento o arrancadas por nuestro fuego de artillería, que había sido intenso a lo largo del camino. Muchas de las casas se habían venido abajo y todas estaban moteadas con los orificios causados por los restos de metralla. Cientos de refugiados se mantuvieron a un lado de la carretera mientras pasábamos, muchos de ellos estaban heridos. Los niños reían y gritaban, los viejos miraban con esa tolerancia silenciosa para con la miseria que incomodaba a muchos americanos, esta se interpretaba a menudo de manera errónea con indiferencia. Pero los hombres y mujeres más jóvenes nos miraban por lo general con inconfundible desprecio, tirando de sus niños, que se pegaban a la parte trasera de los camiones.

Estábamos ahí sentados, reconfortándonos los unos a los otros, sonriendo ante el mal tiempo y la desazón, compartiendo los primeros temores, contentos de no estar a la cabeza o cerrando la retaguardia. Habían estado disparando sobre nuestros camiones constantemente y alguno de nuestros convoyes habían recibido órdenes de dar la vuelta. Las casas que pasábamos lentamente eran un refugio ideal para francotiradores y el disparo de una granada B-40 nos habría causado un montón de bajas. Todos los soldados estaban silbando, ninguno la misma melodía; sonaba como el vestuario antes de un partido que nadie quería jugar. O casi nadie. Había un marine negro llamado Philly Dog que había sido jefe de una banda en Filadelfia y que estaba ansioso por algo de combate callejero después de seis meses en la jungla; les podría enseñar a todos esos paletos lo que podía hacer sobre un trozo de terreno urbano (En Hue resultó ser de un valor inestimable. Le vi vaciando cien balas del calibre 30 a través de una hendidura en la pared,

“quien no le echa huevos, no come tortilla”, parecía ser el único hombre de la Compañía Delta que todavía no había sido herido). También había un corresponsal de los marines, el sargento Dale Dye, sentado con una larga flor amarilla saliendo de su casco, una diana estupenda. Se le giraban los ojos en las órbitas mientras decía “Sí, sí, Charlie se ha puesto las pilas, esto va a ser chungo” y sonreía feliz. Era la misma sonrisa que vi una semana después cuando la bala de un francotirador impactó contra un muro, cinco centímetros por encima de su cabeza, ningún motivo de alegría excepto para un soldado.

Todos en el camión tenían esa mirada salvaje, turbada y completamente ida que quería decir que era totalmente normal estar ahí, donde la batalla sería lo peor, donde no tendrías ni la mitad de lo que necesitabas, donde hacía el peor frío de la historia de Vietnam. En sus cascos y chalecos habían escrito los nombres de viejas operaciones, de novias, sus nombres de guerra (EL SASTRECILLO CON MIEDO, WILD THING, AVENGER V, MOE SEXO SEGURO), sus fantasías (NACIDO PARA PERDER, NACIDO PARA LIARLA, NACIDO PARA MATAR, NACIDO PARA MORIR), declaraciones para la posteridad (EL INFIERNO APESTA, EL TIEMPO ESTÁ DE MI PARTE, SOLOS TÚ Y YO, DIOS ¿NO?). Un chico me llamó. “¡Eh! ¡tío!, ¿quieres una historia? Ahí la tienes tío, escribe esto: Ahí arriba, en la colina 881, esto era mayo, estaba yo paseando por un risco como una estrella de cine cuando ese ojos rasgados se me tira encima, me pone el AK-47 en la puta cara pero está tan flipao de lo tranqui que estoy que le puedo meter un cargador entero antes siquiera de que me pueda dar las putas gracias. Uno menos.” Después de veinte kilómetros así, a pesar del cielo negro y turbulento que teníamos delante, podíamos ver el humo que se elevaba desde el extremo más lejano del río, en la ciudadela de Hue.

El puente sobre el canal que separaba el pueblo de An Cuu y el sector sur de Hue había sido volado por el Vietcong la noche anterior y la zona más adelante, al otro lado de la orilla, no se consideraba segura, así que acampamos en el pueblo durante la noche. Estaba completamente desierto, así que nos instalamos en las cabañas vacías, estirando nuestros ponchos sobre cristales rotos y trozos de ladrillo. Al anochecer, cuando estábamos todos estirados a la orilla del canal cenando, dos aviones de combate de los marines se tiraron sobre nosotros y empezaron a ametrallarnos, lanzando trazadoras ardientes a lo largo del canal. Corrimos buscando cobertura, más sorprendidos que asustados. “Muy bonito hijospata, muy buena manera de encontrar al puto enemigo” dijo uno de los soldados, y preparó su ametralladora M-60 por si volvían. “No creo que tengamos que aguantar esta

mierda”, dijo. Las patrullas salieron, se repartieron las guardias y nos fuimos a las cabañas a dormir. Por alguna razón, ni nos dispararon morteros esa noche.

Por la mañana cruzamos el canal en un 2x4 y empezamos a caminar hasta que nos encontramos con el primero de los cientos de civiles muertos que veríamos en las siguientes semanas: un viejo tirado sobre su sombrero de paja y una niña que había sido herida mientras iba en bici que yacía con el brazo extendido hacia arriba, como reprochándonos. Habían estado tirados así durante una semana y por primera vez agradecemos el frío.

A lo largo de la orilla sur del río Perfume hay un largo y hermoso parque que separa la avenida más bonita de Hue, Le Loi, del río. La gente hablaba de como se sentaban al atardecer y contemplaban los sampanes bajando por el río, o miraban a las chicas subir en bicicleta por Le Loi, pasando por las villas de los oficiales o los edificios universitarios de arquitectura francesa. Muchas de esas villas habían sido destruidas y gran parte de la universidad irreparablemente dañada. En mitad de la calle había un par de ambulancias de la Misión Alemana destrozadas, el *Cercle Sportif* estaba cubierto de agujeros de bala y metralla. La lluvia había sacado a relucir la vegetación, que se extendía enmarcada por una niebla blanca. En el mismo parque, cuatro cadáveres verduzcos y abotargados yacían estirados alrededor de una jaula alta y ornamentada, dentro de la cual había un pequeño mono tembloroso. Uno de los corresponsales que venía con nosotros pasó por encima de los cuerpos para darle al mono algo de fruta (Días más tarde, volví al mismo sitio. Los cadáveres habían desaparecido y también el mono. Hubo tantos refugiados y tan poca comida que alguien debía habérselo comido). Los marines del 2º batallón/5º regimiento habían asegurado casi todo el centro de la orilla sur y ahora se esparcían por el oeste, luchando y despejando uno de los canales principales. Estábamos esperando alguna decisión respecto a si los marines entrarían en la propia ciudadela, pero nadie dudaba de cuál iba a ser esa decisión. Nos sentamos, hablando con temor mientras mirábamos las columnas de humo a lo largo del río, recibiendo disparos de francotiradores de vez en cuando, estallidos esporádicos de un calibre 50, mientras veíamos barcos de transporte de tropas en el río que eran atacados desde el muro. Un marine que estaba junto a mí me decía que era una condenada lástima, toda aquella pobre gente, todas esas casas estupendas, incluso tenían una gasolinera Shell. Estaba mirando las manchas negruzcas del napalm y la destrucción a lo largo del muro. “Parece que la Ciudad Imperial ha pillado la malaria” dijo.

El patio del recinto militar americano en Hue estaba lleno de charcos de la lluvia, y las lonas que cubrían los jeeps se hundía con el peso del agua. Era el quinto día de combates y todo el mundo estaba asombrado de que el NVA o el Vietcong no hubieran atacado el recinto la primera noche. Un ganso enorme se había metido en el recinto esa noche, sus alas cubiertas de la misma sustancia aceitosa que se formaba en los charcos. Cada vez que un vehículo entraba en el patio, sacudía las alas salvajemente y gritaba, pero nunca abandonó el recinto, y, hasta donde yo sé, nadie se lo comió nunca.

Casi 200 de nosotros dormíamos en dos pequeñas salas que habían sido la cantina del recinto. La Armada no estaba muy contenta teniendo que alojar a tantos marines como llegaban, y estaban extremadamente furiosos por todos los correspondientes que ahora también andaban holgazaneando por ahí, esperando a que los combates se movieran hacía el norte, en la ciudadela al otro lado del río. Eras afortunado si encontrabas un rincón en el suelo donde echarse, más aún si encontrabas una camilla para dormir y el más afortunado de todos si la camilla era nueva. Durante toda la noche, las pocas ventanas que no estaban rotas temblaban con los ataques aéreos al otro lado del río y, fuera, desde un foso de mortero se disparaba sin cesar. A las dos o las tres de la mañana los marines regresaron de sus patrullas. Cruzaban la habitación sin importarles donde pisaban o a quien. Encendían sus radios y se gritaban unos a otros desde los extremos de la sala. “De verdad compañeros, ¿no podéis mostrar un poco más de respeto?” Dijo un correspondiente británico, y las risotadas de los marines despertaron a todos aquellos que no estuvieran despiertos ya.

Una mañana hubo un incendio en el campo de prisioneros que se encontraba siguiendo el camino que salía del recinto. Vimos el humo negro elevándose sobre el alambre de espinos que cubría el muro del campo y escuchamos el fuego de armas automáticas. La prisión estaba llena de soldados del NVA y Vietcongs, o sospechosos de serlo, los guardias afirmaron que los prisioneros habían provocado el fuego para cubrir una fuga. El ARVN y unos pocos americanos disparaban a ciegas hacia las llamas y los cuerpos caían al suelo envueltos en llamas. Civiles muertos yacían en las aceras a tan solo una manzana del recinto, y el parque junto al río estaba infestado de cadáveres. Hacía frío y el sol no salió ni una sola vez, pero la lluvia les hizo cosas a los cadáveres que, a su manera, eran peores que cualquier cosa que pudiera haber causado el sol. Fue en uno de esos días que me di cuenta de que el único cadáver que no podría soportar mirar sería aquel que nunca tendría que ver.

El frío y la oscuridad se mantuvieron durante los siguientes diez días y el gris plomizo era el fondo de todas las fotos que tomamos fuera de la ciudadela. La poca luz que había capturaba las pesadas motas de polvo que el viento soplaba desde las ruinas del muro este, manteniéndolas suspendidas en el aire hasta que todo lo que veías estaba filtrado por ellas. Y veías las cosas desde ángulos extraños, miradas rápidas mientras intentabas moverte agazapado o erguido y a toda prisa, mientras escuchabas el repiqueteo seco de la metralla lloviendo sobre los escombros a tu alrededor. Con todo ese polvo flotando en el aire, el olor acre de la cordita permanecía en el ambiente mucho después de los bombardeos. Y también estaba el gas lacrimógeno que disparábamos al NVA, que flotaba de vuelta a nuestras posiciones llevado por el viento. Era imposible respirar aire fresco con todo lo que estaba pasando, y estaba también aquel otro olor que venía de los montículos de piedra destrozados donde fuera que hubiese atacado la aviación. Se incrustaba en el interior de tus fosas nasales y se metía en el tejido de tu ropa militar, y, semanas más tarde, a kilómetros de distancia, te levantabas por la noche y estaba en la habitación contigo. El NVA se había atrincherado tan dentro del muro que los ataques aéreos tenían que abrirlo metro a metro, dejando caer napalm muy de cerca, casi a cien metros de nuestras posiciones. Desde el punto más alto del muro, en lo que antaño había sido una torre, miré más allá del foso de la ciudadela y vi al NVA moviéndose rápidamente por entre los escombros de muro que tenía enfrente. Estábamos lo suficientemente cerca para poder ver sus caras. Un rifle se disparó desde mi derecha, a menos de un metro, y una de las figuras que corrían pegó una sacudida hacía atrás y se desplomó. Un marine salió de su cobertura y me sonrió.

Entre el humo y la niebla y el polvo flotando dentro de la ciudadela, era difícil llamar atardecer a la hora entre la luz y la oscuridad, pero ese era el momento en el que la mayoría de nosotros abríamos nuestras raciones C. Solo estábamos a unos metros de lo peor del combate, a menos de un bloque de edificios vietnamitas, y aun así seguían apareciendo civiles, sonriendo, encogiéndose de hombros y tratando de llegar a casa. Los marines intentaban espantarlos con la punta de sus rifles, “¡Di!, ¡di!, ¡di!, ¡putos desgraciaos! ¡venga, largaos de aquí hostia!” y los refugiados sonreían, haciendo reverencias y desaparecían corriendo por una de las calles en ruinas. Un niño de unos diez años se acercó a un grupo de marines de la Compañía Charlie. Se estaba riendo y movía la cabeza de un lado a otro de una manera extraña. La fiereza de sus ojos tendría que haber revelado a todos lo que le pasaba, pero a la mayoría de los soldados no se les había ocurrido que

un niño también pudiera volverse loco, y para cuando lo comprendieron, el niño empezó a arañarles los ojos y tirarles de la ropa, asustando a todo el mundo, poniendo a todos con los nervios de punta, hasta que un soldado negro lo cogió por detrás y le agarró del brazo. “Vamos enano, antes de que uno de estos soldaos hijosputa te pegue un tiro” dijo, y se llevó al niño a donde estaban los paramédicos.

En los peores días nadie pensaba salir de ahí con vida. Entre los miembros del batallón se instauró una desesperación que los más viejos, los veteranos de las otras dos guerras, no habían visto jamás. Una o dos veces, cuando los hombres de Registro de Bajas cogieron los efectos personales de las mochilas y bolsillos de marines muertos, se encontraron cartas que habían sido entregadas hacía días y que todavía no se habían abierto.

Estábamos haciendo entrevistas a algunos heridos en la parte de atrás de un camión ligero y uno de los marines jóvenes lloraba sin parar en su camilla. “Mierda sargento, no lo voy a conseguir. Joder, voy a morir, ¿no?” “No, no vas a morir, por Dios,” dijo el sargento. “La herida no está tan mal. Solo quiero que te calles la puta boca. No has hecho otra cosa que quejarte desde que llegamos a la puta Hue.” Pero en realidad el sargento no tenía ni idea. Al chico le habían alcanzado en la garganta y de esas no te podías fiar. Las heridas en la garganta eran malas. Todo el mundo les tenía miedo.

Tuvimos suerte con nuestros contactos. En el puesto médico del batallón cogimos un helicóptero que nos llevó a nosotros y a una docena de marines muertos a la base de Phu Bai y tres minutos después de aterrizar cogimos un C-130 y volamos a Danang. Haciendo autostop desde el aeródromo nos encontramos un psiops, Operaciones Psicológicas, que se apiadó de nosotros y nos llevó en su coche todo el camino hasta el centro de prensa. Cuando pasamos por la verja vimos que la red estaba subida y que el partido de vóley de los marines asignados al centro de prensa estaba en marcha.

“¿Dónde coño habéis estado tíos?”, preguntó uno de ellos. Teníamos un aspecto de mierda. Me senté en una mesa y pedí una hamburguesa y un brandy a una de las campesinas que servía las mesas. Estuve sentado ahí por lo menos cuatro horas, pedí cuatro hamburguesas más y por lo menos una docena de brandis. Era imposible, era sencillamente imposible haber estado donde habíamos estado y estar donde estábamos ahora, todo en la misma tarde. Otro de los corresponsales que había regresado conmigo se sentó en otra mesa, también solo, y nos miramos, sacudimos la cabeza y nos reímos. Fui a mi habitación, me quité las botas y la ropa y me metí en la ducha.

El agua estaba increíblemente caliente, y por un momento pensé que eso me había vuelto loco, me senté en el suelo de cemento durante un largo rato, afeitándome, y enjabonándome una y otra vez. Me vestí y volví a la cantina. Habían bajado la red, uno de los marines me preguntó si sabía que película iban a poner esa noche. Pedí un bistec y una larga hilera de brandis. Cuando me fui, el corresponsal seguía sentado, solo. Me metí en la cama y me fumé un porro. Iba a volver por la mañana, se daba por sentado. ¿Pero por qué se daba por sentado? Todas mis cosas estaban en su sitio, preparadas para el toque de las cinco. Me terminé el porro y me recosté para dormir.

Al final de la semana, el muro había costado a los marines aproximadamente una baja por cada metro conseguido, una cuarta parte eran KIA, muertos en combate. El 1/5, que llegó a ser conocido como el Batallón de la Ciudadela, había estado en todas las batallas duras que los marines habían tenido en los últimos seis meses, incluso se habían enfrentado a las mismas unidades del NVA que hacía un par de semanas entre el paso de Hai Vanh y Phu Loc, y ahora tres de sus compañías estaba por debajo la capacidad de un pelotón. Todos sabían como de mal estaba la cosa, la novedad de estar luchando en una ciudad se había convertido en una broma pesada, todo el mundo quería que le hirieran.

Por la noche, en el puesto de mando, el mayor que dirigía el batallón estaba sentado leyendo sus mapas, con la mirada vacía, fija en el trapecioide que era la ciudadela. Podía haber sido la escena en una granja de Normandía hacía veinticinco años, con velas encendidas en la mesa, botellas de vino apiladas en las estanterías resquebrajadas, el frío en la habitación, los techos altos, la pesada cruz con ornamentaciones en la pared. El mayor no había dormido durante cinco noches, y cada una de esas noches nos había asegurado que esta vez seguro que lo iban a conseguir, iban a tomar el último tramo de muro y tenía todos los marines que necesitaba para hacerlo. Uno de sus ayudantes, un duro y experimentado teniente primero, lanzaba una sonrisa dura e irónica sin que el mayor le viera, una sonrisa que desechaba las buenas noticias y que era como oírle decir “aquí el mayor se está montando una bola y ambos lo sabemos”

A veces una compañía se encontraba completamente aislada y hacían falta horas para que los marines pudieran sacar a sus heridos. Recuerdo un marine con una herida en la cabeza que finalmente logró llegar al puesto de mando cuando el jeep en el que iba encalló. Saltó del vehículo y empezó a empujar, sabiendo que esa era la única manera de salir de ahí. La mayoría de los tanques y camiones que transportaban a los caídos tenían que ir por un

camino recto sin cobertura y empezaron a llamarlo el Callejón del Cohete. Todos los tanques de los marines habían recibido algún impacto al menos una vez. Una epifanía sobre Hue apareció en la gran fotografía de John Olson para *Life*, los heridos de la Compañía Delta apilados caóticamente sobre un tanque. A veces, en el camino hacia el puesto médico, los heridos más graves cogían ese color malo, el azul-grisáceo de vientre de pez que llevaba la promesa de muerte y que se esparciría hacia arriba, desde el pecho hasta cubrir la cara. Había un Marine al que le habían disparado en el cuello y durante todo el camino los paramédicos le masajearon el pecho. Pero cuando llegó al centro médico estaba tan mal que el doctor lo examinó brevemente y pasó a tratar a otros que sabía que todavía se podían salvar, cuando le pusieron en la bolsa de plástico verde había la posibilidad de que estuviera clínicamente vivo. El médico nunca antes había tenido que tomar decisiones como esa y le estaba costando acostumbrarse. Durante los momentos de calma salía a tomar un poco el aire, pero fuera no era mejor. Habían juntado los cadáveres en una pila y siempre había un grupo de ARVN ahí parados, mirando, fascinados por la muerte como todos los vietnamitas. Como no sabían que otra cosa hacer, y como no sabían que les parecería a los marines, les sonreían a los cadáveres y hubo un par de incidentes feos. Los marines que trabajaban en la recogida de cuerpos estaban sobrecargados y abrumados, se volvieron muy susceptibles, arrancando las mochilas de los cadáveres con rabia, quitando el equipo con tajos de bayoneta, levantando los cadáveres para meterlos en las bolsas verdes. Uno de los marines muertos se había puesto rígido y tenían problemas para meterlo. “Joder”, dijo uno de ellos, “este cabrón tiene los pies grandes. ¿Tiene o no tiene este cabrón los pies grandes?” decía, mientras finalmente conseguía meter las piernas a la fuerza. En medio de todo eso estaba el marine de aspecto más joven que jamás hubiera visto. Un trozo grande de metralla le había dado en la rodilla y no tenían ni idea de qué hacer con él ahora que estaba herido. Estaba tendido en la camilla mientras el médico le explicaba que le llevarían en helicóptero de vuelta al Hospital de Phu Bai y después lo meterían en un avión hacia Danang y de ahí volaría a Estados Unidos para, probablemente, pasar allí lo que le quedaba de servicio. Al principio, el chico estaba seguro de que el médico le estaba tomando el pelo, después empezó a creerle y entonces supo que era verdad, iba a salir de ahí de verdad, no podía para de sonreír, las lágrimas le chorreaban hacia las orejas.

Fue en ese momento cuando empecé a reconocer casi cada herido, a recordar conversaciones que había tenido días o incluso horas antes, y fue en ese momento en el

que me marché, montado en un helicóptero de evacuación con un teniente que estaba envuelto en vendas ensangrentadas. Le habían dado en las dos piernas, los dos brazos, el pecho y la cabeza, sus orejas y ojos cubiertos de sangre seca, le preguntó al fotógrafo en el helicóptero si podía sacarle una foto en ese estado para enviarle a su mujer.

Pero para aquel entonces, la batalla por Hue casi había terminado. La caballería estaba trabajando la parte noroeste de la ciudadela y unidades de la 101 habían llegado a través de lo que antes había sido una ruta de abastecimiento del NVA (en cinco días estas unidades perdieron tantos hombres como los marines habían perdido en tres semanas). Marines vietnamitas y algunos de la Primera División del ARVN habían estado empujando a lo que quedaba del NVA hacia el muro. Cortaron la bandera del NVA, que había ondeando sobre el muro sur tanto tiempo, e izaron en su lugar una bandera americana. Dos días más tarde, los Hoc Bao, rangers vietnamitas, asaltaron los muros del Palacio Imperial, pero no había rastro del NVA. Con la excepción de algunos cadáveres en el foso, la mayoría de sus muertos habían sido enterrados. Cuando llegaron por primera vez a Hue, los soldados del NVA habían sido agasajados en banquetes que les ofrecía la gente. Antes de irse, se llevaron toda la vegetación comestible de la superficie del foso. El setenta por ciento de lo que fuera una hermosa ciudad de Vietnam estaba ahora destruida y si la ciudad parecía desolada, imagínate el aspecto que tenían las figuras humanas sobre ese paisaje.

Hubo dos ceremonias oficiales señalando la expulsión del NVA, ambas izamientos de bandera. En la orilla sur del Rio Perfume, se reclutaron doscientos refugiados de uno de los campos para que estuvieran de pie, hoscos y silenciosos bajo la lluvia, mientras miraban como se izaba la bandera del GVN, el Gobierno de Vietnam del Sur. Pero la cuerda se partió, y la multitud, pensando que había sido un disparo del Vietcong corrió en desbandada, presa del pánico (No llovía en las noticias que publicaron los periódicos de Saigón, ningún problema con la cuerda y la multitud vitoreando llegaba a los miles). Y en cuanto a la otra ceremonia, la mayoría de la gente consideraba que la ciudadela no era segura, y, cuando se izó ahí la bandera, no había nadie para contemplarlo excepto un puñado de soldados vietnamitas.

El mayor Trong saltaba sobre el asiento de su jeep mientras nos conducía por entre los escombros esparcidos a través de las calles de Hue. Sus ojos parecían completamente inexpresivos mientras pasábamos ante de la multitud de vietnamitas que andaban a

trompicones entre las vigas caídas y los ladrillos destrozados de sus casas, pero sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de sol así que era imposible saber qué sentía. No tenía el aspecto de un vencedor; en su asiento, tan pequeño y enclenque, me preocupaba que saliera disparado del jeep. Su conductor era un sargento llamado Dang, uno de los vietnamitas más grandes que había visto y que hablaba inglés mejor que el mayor. El jeep se atascaba de vez en cuando en alguna pila de escombros y Dang se giraba hacia nosotros y nos sonreía a modo de disculpa. Íbamos de camino al Palacio Imperial.

Hacía un mes, los patios del palacio se habían cubierto con docenas de cadáveres del NVA y los restos quemados de tres semanas de asedio y defensa. Hubo mucha reticencia a la hora bombardear el palacio, pero había sufrido algo de fuego de artillería y los bombardeos cercanos habían causado muchos daños. Las enormes urnas de bronce estaban melladas más allá de toda posibilidad de restauración y la lluvia se colaba por un agujero del techo en la sala del trono, empapando los dos pequeños tronos donde la vieja realeza anamita se había sentado. En el gran salón (grande si lo considerabas a escala de los edificios vietnamitas) el trabajo de laqueado rojo estaba muy desconchado y un polvo grueso lo cubría todo. La corona de la puerta principal se había venido abajo y, en el jardín, las ramas rotas de los viejos árboles *cay-dai* yacían como las figuras de insectos gigantes chamuscados por el fuego, ligeras, delicadas, muertas. Se rumoreaba que durante aquellos días el palacio había sido ocupado por un grupo de estudiantes voluntarios que habían tomado la invasión de Hue como una señal y se había apresurado a unirse a las fuerzas norvietnamitas (otro rumor de esos días, sobre 5.000 tumbas poco profundas que había fuera de la ciudad con los cuerpos de los ejecutados por el NVA, recientemente había demostrado ser cierto).

Pero una vez que se tomaron los muros y se penetró en los terrenos resultó que no había nadie dentro excepto los muertos. Flotaban en el foso e infestaban todos los accesos. Los marines se mudaron allí, y las latas de raciones vacías y las páginas de *Barras y Estrellas* se añadieron a los desperdicios. Un marine gordo fue fotografiado meando en la boca abierta de un soldado norvietnamita en descomposición.

“No bien”, dijo el mayor Trong. “No bien. Lucha aquí muy dura, muy mala.”

Había estado hablando con el sargento Dang sobre el palacio y sobre el linaje de emperadores. Cuando encallamos una última vez al pie del puente sobre el foso, le estaba

preguntando el nombre del último emperador en ocupar el trono. Sonrió y se encogió de hombros, no tanto como si no lo supiera, más bien como si no le importara.

“El mayor Trong es ahora emperador”, dijo, y aceleró, entrando con el jeep en los terrenos del palacio.